

## Reseñas de libros.

### I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA.

HARLFINGER, DIETER.—*Die textgeschichte der Pseudo-Aristotelischen Schrift Περὶ ἀτόμων γραμμῶν. Ein kodikologisch-kulturgeschichtlicher Beitrag zur Klärung der Ueberlieferungsverhältnisse im Corpus Aristotelicum.* Amsterdam. Verlag Adolf M. Hakkert, 1971, 445 pp.

Esta obra, como indica su título, contiene un estudio completo sobre la historia de la tradición del texto de la obra atribuida a Aristóteles Περὶ ἀτόμων γραμμῶν, que fue presentado como tesis doctoral por el animoso y joven licenciado Dieter Harlfinger, que conocimos hace años en El Escorial y procuramos ayudar en la medida de nuestras fuerzas en el reconocimiento de los códices aristotélicos escurialenses, como confiesa el autor en el prólogo de esta obra.

Para llegar a realizar este estudio nuestro investigador ha buceado en todas las bibliotecas europeas poseedoras de códices aristotélicos: en España, la Escorialense y la Nacional; en Italia, la Laurenciana, Ambrosiana, Marciana y Vaticana; en Francia, la Nacional; en Alemania, la Estatal de Munich, y finalmente la de Moscú. Hay que reconocer que para esta clase de investigación es necesario, además de una gran preparación técnica en paleografía y codicología, disponer de suficientes medios económicos para sufragar los viajes y estancias, a veces largas, en las ciudades mencionadas, los cuales no suelen estar al alcance de un recién licenciado, si no están financiados por una institución, como en este caso por el Centro Alemán de Investigaciones.

El fruto de esta penosa investigación es esta magnífica obra en que el autor nos ofrece un estudio exhaustivo sobre la tradición de este texto pseudo-aristotélico.

En su primera parte expone la finalidad de este estudio y la disposición metodológica de que se ha servido para el reconocimiento de los códices, desarrollando a continuación los rasgos esenciales de la tradición aristotélica, describiéndonos el material manuscrito sobre el Περὶ ἀτόμων γραμμῶν y la filiación de los códices que contienen esta obra, estudiando sus familias en relación con el manuscrito capital y sus apógrafos.

Para lo cual ha sido preciso manejar *in situ* una cantidad ingente de códices aristotélicos para poderlos clasificar *de visu* y no a través de catálogos, que a veces, por su concisa o errónea catalogación, no se deduce rasgo alguno sobre su filiación; así llega nuestro autor a exponer las coincidencias y divergencias entre los manuscritos, cabezas de familias, para dedicar un capítulo, a continuación, a reconstruir el código arquetipo.

Como complemento a la tradición manuscrita del *Liber de lineis insecabilibus*, tal fue la traducción latina de los humanistas, dedica varios capítulos a la pará-

frasis de esta obra compuesta en el siglo XIV por el filósofo bizantino Jorge Paquimeres, a la versión latina de R. Grosseteste, a la paráfrasis en latín de S. Alberto Magno y a la traducción a la lengua de Cicerón por Julio Martino Rota hecha en el siglo XVI. Termina con el estudio de las ediciones hasta 1619, que se contaron hasta seis, siendo la edición príncipe realizada por Henricus Stephanus en 1557.

Termina propiamente esta obra con el *stemma codicum* y la nueva reconstitución de la tradición manuscrita del texto pseudo-aristotélico.

A este estudio se le añade un apéndice, que es fruto, aunque secundario pero muy interesante, de las investigaciones sobre los códices aristotélicos dispersos por Europa, en que se nos exponen las nuevas identificaciones de copistas griegos; hay más de un centenar, que, en el Renacimiento, copiaron textos aristotélicos, entre los que aparece nuestro humanista Juan Páez de Castro con tres códices; además se señalan más de medio centenar de copistas anónimos con la indicación de los códices en que se identifican sus manos.

Ornamenta el final de la obra 26 facsímiles de códices griegos con el nombre del copista, a veces; entre las reproducciones se halla una del códice Matritense 4563 copiado por Constantino Láscaris y otra del ms. Ottoboniani 153 transcrito por Páez de Castro.

Tal es el interesante contenido de este estudio, que es un *specimen* de investigación, como tesis doctoral, y un modelo para otras muchas que se pueden hacer sobre la tradición manuscrita de los textos griegos, sobre lo cual se ha hecho muy poco al estilo de la obra de Harlfinger.

Es interesante para nosotros el capítulo que dedica el autor a la célebre academia aristotélica que se fundó en Trento en 1543 bajo los auspicios del embajador español Diego Hurtado de Mendoza, quien puso a disposición de los académicos su biblioteca rica en textos aristotélicos, frecuentado por algunos españoles, como Francisco de Mendoza, Juan Páez de Castro quien revisó el texto del *De lineis insecabilibus*, como lo asegura en una carta a Jerónimo Zurita.

La nota del autor en que dice que no ha podido utilizar las cartas inéditas de Páez de Castro, cuya publicación era inminente, podremos decir que ya han sido publicadas por nosotros en el Boletín de la Real Academia de la Historia bajo el título «31 cartas inéditas de Juan Páez de Castro, cronista de Carlos V» (1971), en las que se dan diversas noticias sobre la academia aristotélica de Trento.

Aunque reconocemos el excelente estudio de Harlfinger, no obstante, mientras no haya catálogos de todas las bibliotecas que contienen códices griegos, especialmente de Oriente y algunas bibliotecas europeas, y catálogos que especifiquen en detalle el contenido del códice, como pasa en algunos fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid, en los que no están detallados el contenido de las colecciones Martín Pérez de Ayala, García de Loaisa, Fernández de Velasco, etcétera, no llegarán a ser completos esta clase de estudios, ya que cualquier día, nos sorprende con el hallazgo de nuevos y desconocidos códices que rompen todo el *stemma* de la historia de un texto.

Lo que más se echa de menos en este libro que reseñamos es que su texto no se presente reproducido en letra de imprenta sino mecanografiado, que, aunque pienso que es más económico, no obstante pierde categoría esta obra, por otro lado tan encomiable.

GREGORIO DE ANDRÉS

CUGUSI, P.—*Epistolographi Latini Minores. Volumen I aetatem anteciceronianam amplectens*. Collegit—. «Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum», Torino, 1970, 2 fasc., XXI + 155 y XVII + 92 pp.

Fácil es imaginarse el enorme trabajo que entraña una recolección de los fragmentos de un género literario dado, la cual exige una lectura detallada de la totalidad o de una buena parte del amplísimo legado de textos greco-latinos. Sin embargo, ningún trabajo más provechoso se puede realizar, para conseguir un conocimiento cada día más profundo de la lengua y literatura clásicas: raro es el latinista que no se haya servido en una o múltiples ocasiones de los fragmentos de la poesía latina épica y lírica editados por W. Morel, de la poesía dramática por O. Ribbeck, de los historiadores por H. Peter, de los oradores por H. Malcovati, de los gramáticos por H. Funaioli... sólo por citar algunos muy destacados, que nos vienen a la memoria en este momento. He aquí, pues, una empresa dura, verdadera «obra de romanos», cuya principal compensación creemos que debe ser el pensar lo mucho que ha de servir a la totalidad de estudiosos contemporáneos y venideros.

Con estas consideraciones acaso quede de manifiesto nuestro agradecimiento al profesor italiano Paolo Cugusi, no sólo por el imponente trabajo llevado a cabo, sino también porque nos ofrece un *corpus* de la epistolografía latina fragmentaria de toda la época clásica, del que no existía un precedente serio, que nosotros sepamos; y, además de ello, por el rigor científico con que ha realizado tamaña empresa.

Tarea dura sería el intento de resumir en pocas líneas las cualidades de esta colección. El primer volumen, que abarca desde los orígenes hasta la época de Cicerón, se presenta en dos fascículos, dedicados a los *Testimonia et fragmenta* (fasc. 1) y al *Commentarium Criticum* (fasc. 2). El plan de la obra se encuentra explicado con claridad laudable en la breve *Praefatio* (1. pp. VII-IX), en que el autor promete seguir idéntico procedimiento en el vol. II (edad de Cicerón y de Augusto), en el III (siglos I-IV de C.), y en el IV y último (cartas conservadas en *tituli*, cartas del Senado, cartas de autor desconocido). Ignoramos si ha sido publicado ya algo más que los dos fascículos del vol. I que tenemos en las manos; si así no fuera, hacemos votos para que pronto sea completada esta obra.

Del cuidado que ha puesto el autor en la recolección de los fragmentos puede ser prueba clara la selección a que ha sometido las ediciones de textos clásicos por él utilizadas (véase el *Index editionum*, 1, pp. X-XXI): así, para el *Brutus* de Cicerón, si bien su consulta hubiera podido limitarse a la edición magistral que ha dado en la Teubneriana su compatriota Enrica Malcovati (Lipsiae, 1965), y que Cugusi utiliza como básica, también tiene en cuenta la de J. Martha en la colección Budé (París, 1960, 3.ª ed.) y la clásica de A. S. Wilkins en la Bibl. Oxoniense (Oxonii, 1964; 1.ª ed., 1903). Una ojeada al *Index* que nos ocupa certificará por completo cuanto venimos diciendo; en especial, cuando el lector compruebe en su final (p. XXI) que el editor italiano no sólo se ha preocupado de la selección de textos, sino que incluso en unas pocas ocasiones ha revisado sus lecturas y propuesto alguna nueva.

En cuanto al texto de los testimonios y fragmentos, es sorprendente su claridad, que permite poder diferenciar a simple vista el testimonio del fragmento real, tanto en los textos latinos como griegos. En cuanto al aparato crítico, es ejemplo de claridad y concisión, siguiendo las últimas normas de la crítica tex-

tual, y renunciando al apelmazado y agobiante aparato frecuente en el siglo pasado, cargado de lecturas injustificables y de conjeturas temerarias o gratuitas. Útilísimos, por último, son los dos *Indices* del fasc. 1 (*Index epistolographorum*, pp. 143-146; *Index fontium*, pp. 147-155), que permite al que los lee localizar inmediatamente el objeto de su consulta. En cuanto al «Comentario Crítico» del fasc. 2, es igualmente modelo de concisión y riqueza de contenido a un mismo tiempo.

En suma, he aquí un instrumento de trabajo que ayudará para un estudio exhaustivo de la literatura epistolar en prosa latina, para el conocimiento más profundo de importantes personajes del mundo romano, para estudios históricos de todo tipo, etc. Creemos innecesario después de esto felicitar de nuevo al Profesor Cugusi; en cambio, si debemos hacerlo a los editores y director del *Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum*, que a las magníficas ediciones de fragmentos del emperador Augusto y de los oradores republicanos de H. Malcovati, de la comedia *Atellana* de P. Frassinetti, de los *carmina ludicra* de E. Cazzaniga, o de los *Fasti Capitolini* de A. Degrassi, añade ahora una edición tan interesante, muy cuidada tipográficamente y de bella presentación.

A. POCIÑA PÉREZ

HEDBERG, STEN.—*Contamination and Interpolation. A study of the 15th Columella manuscripts. Acta Universitatis Upsaliensis. Series Latina Upsaliensis.* Uppsala, 1968, 195 pp.

El libro de Sten Hedberg espero que llegue a considerarse un día como una obra clásica en su género, por su método ejemplar y su profundidad de investigación. Es el resultado de una labor constante llevada a cabo a lo largo de ocho años (p. V). La descripción de los manuscritos (pp. 1-19) colma en todos los aspectos lo que debe ser este capítulo de introducción a la tradición manuscrita. De entre los trabajos de investigación anteriores se ocupa casi exclusivamente del de Josephson. El excelente párrafo relativo a las lagunas de éste (pp. 22 s.) viene a ser la enjundia del control riguroso con que debe trabajar el crítico textual. Estima correcta la observación de Richter, según la cual no es  $\phi$  sino  $w$  el ms. que influyó en  $\psi$  (p. 22). Hedberg se propone dar un paso más respecto a la obra de Josephson estudiando qué es lo transmitido por la rama de R independientemente de A. Para ello examina, siempre con un método ejemplar y una investigación rigurosa, cuál es el manuscrito más importante en cada uno de los grupos establecidos por Josephson y la relación que media entre los miembros de cada grupo. En la primera parte, la más larga (pp. 25-108), trata de R en los capítulos «The copies» y «The groups». No entra en su estudio los extractos demasiado breves, el manuscrito quemado de Moscú ni el «nuevo» de Poliziano, conocidos sólo por lecturas esporádicas. Los casos típicos están tomados en su mayoría de RR 3-5 y 12. Respecto a las lecturas del ms. t, se muestra más conforme con Josephson que con Richter. Estudia, finalmente, los caminos y la proporción en que el tronco A ha influido en el tronco R. En los casos de mayor o menor corrupción en la tradición entera sopesa los mss. S A R uno frente a otro. Su clasificación de los manuscritos del tronco de R manifiesta un sentido de pru-

dencia y un análisis minucioso que inspiran el más firme asentimiento. Se adhiere a la opinión de Josephson considerando que Gesner y Schneider dieron una importancia excesiva al ms. 1 y así atribuye a interpolaciones y no a la tradición antigua sus muchas lecturas particulares. La influencia de A sobre B dando B<sup>1</sup> es tan cierta que cabe mirar B<sup>2</sup> como una copia de A cuando concuerda con éste. También estima con Josephson que el manuscrito original de todos los de R tenía muchas lecturas alternativas o corregidas procedentes de A o de una tradición de R independientemente, que los escribas podían escoger al azar. Los errores comunes a S A demuestran la existencia de una tradición de R independiente de S. Las diferencias de S A deben de haber surgido muy probablemente en las copias del arquetipo de S A. No alude en absoluto a la producción por dictado de los mss. S A defendida por Skeat<sup>1</sup>. En las pp. 137 s. indica los principios rectores en el valor de las lecturas de S A R. A diferencia de Josephson, entiende que no todas las correcciones de S<sup>2</sup> son posibles sin un original (p. 172). Un capítulo titulado «Crítica» (pp. 148-177) estudia algunos casos de RR 3-5 y 12. Se trata en su mayoría de ejemplos de errores en el arquetipo. El criterio y método en las emiendas son realmente admirables. Un apéndice final presenta tres fragmentos de RR 3-5 (3, 4-5; 5, 9, 1-9) con el aparato crítico completo. Es como un ensayo de introducción a la cita de variantes. No faltan tampoco al libro unos índices de lugares, palabras y cosas (pp. 193-196) de gran utilidad. Quizás podría haber sido interesante que nuestro investigador ampliara este estudio excelente ofreciéndonos un día un comentario paleográfico como complemento a las pocas alusiones que a este respecto hace en el curso de la obra. No dudo que sería otro modelo de trabajo para quienes gustan de la problemática de los textos latinos.

A. ANGLADA

PLUTARQUE.—*Consolation à Apollonios*. Texte et traduction avec introduction et commentaire par J. Haani. Paris, Éditions Klincksieck, 1972, 206 pp. (79 dobles).

Nos ofrece una introducción extensa (70 pp.) en la que expone numerosos temas relacionados con el carácter de la obra e informan al lector de los problemas que existen en torno a ella.

En unas primeras notas nos habla del destinatario y sitúa el tratado dentro del gusto de hacer de Plutarco. Define el género consolatorio y nos ofrece una visión rápida de su historia (Homero, tragedia, comedia, sofística, filósofos cínicos, estoicos, la Academia, la escuela epicúrea y autores cristianos).

Con gran certeza da especial relieve en la constitución del género a los estoicos y a la sofística.

Ante la dura crítica a la composición de la obra que tradicionalmente se venía dando, Haani toma al lado de Volkmann una apreciación más moderada e incluso demuestra la necesidad de corregir esta extrema postura de desprecio. Para ello

<sup>1</sup> T. C. Skeat, *The use of dictation in ancient Book-production*. Proceedings of the British Academy, XLII 1952, p. 202.

hace un buen análisis de los defectos encontrados en Plutarco comparándolos con los propios del género consolatorio. En todas las obras de este tipo encuentra el editor los mismos pensamientos, las mismas citas y a menudo el mismo orden.

En una segunda parte de la Introducción explica el problema del autor. Analiza y rebate detalladamente las razones por las que niegan infundadamente la paternidad de la obra a Plutarco. Este capítulo es un esquema útil de toda la tinta que ha corrido en torno a este problema.

Con una bibliografía a pie de página oportuna y completa como en el resto de la obra, plantea el problema de su originalidad.

Dedica también un interesante estudio a dejar constancia de la influencia que deja en Plutarco, Platón, la Academia, el cinismo, el epicureísmo, el estoicismo, el orfismo y el pitagorismo.

En cuanto a los mss. hace la división tradicional en tres grupos, de los cuales considera el mejor al tercero, al que pertenecen los manuscritos Parisinus gr. 1675 (= B) y la tradición derivada de la recensión antigua ( $\Delta$ ).

Para la constitución del texto sigue casi completamente a la edición de Teubner (1925). Cuando difiere suele ser para elegir la variante de los testimonios B y  $\Delta$ . Rechaza en ocasiones, quizá menos de las debidas, las conjeturas de anteriores editores.

El aparato crítico sigue siendo el teubneriano muy aligerado de variantes que el editor considera de poco interés. En muchísimos casos en vez de supresión se trata del modo negativo de citar las variantes.

En la traducción encontramos unos subtítulos, no existentes en el original, que pueden ser útiles al lector como explicaciones del tema tratado. Nos parece la traducción bastante clara, precisa y adecuada al original.

Al final existe un comentario a cada capítulo en una serie de llamadas concretas correspondientes a la versión. Lo relacionado directamente con la traducción: correcciones, adiciones, elección de variantes, dificultades en la expresión de algunas frases griegas, vendrían mejor a pie de página.

En cualquier caso son útiles y están bien documentadas en citas semejantes de otros autores. Suelen ser para relacionar las ideas expuestas con escritores anteriores griegos o latinos, con la historia o con el pensamiento griego en general.

En otros casos registran las palabras técnicas que van surgiendo, amplían el sentido de algunas frases y anotan acepciones concretas de vocablos.

Un índice de palabras griegas, de autores citados y de temas tratados completan esta edición que es digna de elogio por el orden, la claridad, la bibliografía y la relación con otros autores mediante una serie de citas correctamente anotadas. Viene a colaborar cumplidamente en el conocimiento del autor con otras recientes ediciones francesas de las Vidas.

M. G.<sup>a</sup> VALDÉS

HUSSELMAN, E. M.—*Papyri from Karanis. Third Series (Michigan Papyri, vol. IX)*. London, 1971, 152 pp.

Este volumen, el IX de los *Michigan Papyri*, contiene 54 papiros (núms. 522-576) de los 2.082 números de inventario que la Universidad de Michigan tiene

en préstamo por acuerdo con el Gobierno de Egipto. Todos proceden de las excavaciones realizadas en Karanis. No hay ninguno literario y por lo general son anteriores al siglo IV d. C.

En su mayoría son papeles privados pertenecientes a diversas personas, aun que varios de ellos pertenecen a archivos de familias ya conocidas. Así los números 554, 558 y 570 (y quizá 535) pertenecen al archivo de Gaius Julius Niger, personaje ya conocido en *PMich.* VI y VIII.

Al importante archivo de Aurelius Isidorus (cf. A. E. R. Boak y H. C. Youtie, *The archive of Aurelius Isidorus in the Egyptian Museum, Cairo, and the University of Michigan* (P. Cair. Isid. Ann Arbor, 1960), se pueden asignar con seguridad los números 573, 547 y 548.

Otro grupo de documentos, aparecidos todos en un granero, denominado C 123 por los excavadores de Karanis, pertenece a dos familias copropietarias del granero o quizá emparentadas entre sí, aunque E. M. Husselman no se atreve más que a sugerir esta última posibilidad. Se trata de la familia de Satabous, hijo de Pnephros y la de Gaius Julius Sabinus, ambas arrendatarias de tierras estatales. Los papiros aquí publicados (y otros que cita el editor, aún sin publicar) dan cuenta de sus subarriendos, pagos de impuestos, etc.

Respecto al contenido de los papiros aquí publicados, la mayoría son de tipos muy conocidos, aunque hay un par de ellos bastante curiosos. El primero es un Edicto del Prefecto Valerio Eudemon (núm. 522) contra los libelos de calumnia. El otro es un documento del 181|82 referente a la educación de huérfanos (número 532) mediante una Fundación. Se conocen en Egipto «fundaciones» para el culto de los muertos, para los premios en los concursos de efesos, etc., pero nunca para la educación de los «pobres» (μετρωτέους). Lo más curioso de todo es que no parece un documento legal, sino más bien un ejercicio retórico o una petición ante Tribunal, como sugiere Youtie, basándose sobre todo, en los esfuerzos del autor por atenerse a un estilo depurado y aticista, como demuestra el uso de optativos, etc.

Respecto a la aparición en este volumen de palabras no documentadas, en el núm. 576 aparece un διαόκκια (que evidentemente significa «alforjas de piel») y la curiosa ἀβέλης («morral»), que E. M. Husselman considera —acertadamente, creo— como un equivalente de \*ἀβεπή, forma paralela de ἀοπή, que aparece en Men. 331, etc.

En general el volumen está muy cuidado, como ya es costumbre en la colección de Papiros de Michigan, aunque quizá no esté sobrado de notas aclaratorias. Al final lleva los acostumbrados, y muy útiles, índices de nombres comunes y propios.

J. L. CALVO MARTÍNEZ

WILLIS, J.—*De Martiano Capella emendando Mnemosyne*, Spl. XVIII. Lugduni Batavorum, J. Brill, 1971, 94 pp.

Tomando como base la edición de A. Dick, de 1925, en la Biblioteca Teubneriana, se propone el autor contribuir a la mejora del texto de Martianus Capella, tan necesitado en muchos pasajes de esta labor. Aporta un nuevo códice del siglo IX (Leidensis Vossianus Lat. B. 48) y un profundo conocimiento de la obra.

Las correcciones al texto de Dick no siempre parten de los mismos presupuestos. Una especie de introducción, donde las lecturas correctas ofrecidas por Dick se apoyan en los códices *RB* (Reichenauensis 73 y Bambergensis M. v. 16), sirve a Willis para fundamentar un principio: la posibilidad de que aquellos casos en que se produce la coincidencia entre *BRV* (*V* = *Laricensis Vossianus*), que son muchos, sean indicio de su procedencia de un mismo modelo. A continuación una serie de intentos de restitución de la lectura original (pp. 24-63) apoyándose en *BR*, y en el testimonio de *V* con frecuencia; sigue una nueva serie de pasajes enmendados por conjetura (pp. 64-83), la mayoría de ellos con paralelos en Plinio y Solino; en las páginas 85-87 ofrece una selección de lecturas de *V*, concluyendo la superioridad de *BRV* sobre el resto y llegando a afirmar que la existencia de mejores lecturas en otros códices son el resultado de conjeturas de copistas medievales. Con un apéndice (*Addenda*) que ocupa de la página 89 a la 94, termina el libro. Hubiera sido muy útil un índice de los pasajes tratados.

En el primer apartado (pp. 24-63) introduce muchas novedades con relación al texto de Dick (en ocasiones adopta lecturas aceptadas por editores anteriores), concediendo siempre preferencia a la lectura de los tres códices mencionados. Junto a hallazgos importantes, encontramos pasajes con los que resulta difícil coincidir. Por ejemplo en 23,18 (haciendo referencia a página y línea de la edición de Dick) intenta volver a la lectura *polos, climata* de Petersen frente a *polos et limmata*, siendo su razón: «nihil limmatibus cum astronomia». Teniendo en cuenta que en 71,1 dice M. Capella *ad Cyllenii circulum, quo hemitonio percolato multiplex ei... ministrorum populus... occurrit*, y que Macrobius y Boethius dan a *limma* el valor de *hemitonius*, no puede desecharse como absurda la lectura, sino que habrá que concederle la posibilidad, al menos, de ser discutida. Algo semejante puede decirse de 415,17 en que *proportio* frente a *portio* tiene la ventaja de ser traducción de ἀναλογία Argumentación no válida tampoco es la referente a 71,3 donde se rechaza la interpretación de Dick de *uirgini salutata* (= *a uirgine*): «iam qui loci sensum parum considerare uelit, uidebit absurdum esse matrouam illam prorsus ignotam a Philologia ultro salutatam esse» (p. 26), cuando unas líneas más abajo dice Martianus *haec autem Facundia... in Philologiae penatibus se ortam educatamque memorabat*. No quiero con ello decir que las lecturas propuestas por Willis deban en estos casos ser rechazadas, sino que se requiere un tipo de argumentación distinta.

Por otro lado, existe cierta tendencia a considerar los pasajes aisladamente. Cuando en 76,2 propone la aceptación de *caelitis* por *caelestis*, dada la abundancia del primer término a lo largo de la obra, prescinde del diferente uso que parece hacer Marciano de ambos vocablos, ya que en el primer caso está utilizado como adjetivo correspondiente a *deus*, y en el segundo a *caelum*. En 170,1 *si quis dixerit... intellegat* propone la sustitución de *intellegat* por *intellegit*, prescindiendo de que ya en 173,11 aparece una construcción idéntica que refuerza *intellegat: et si dixerit... serat*. En cuanto al cambio de 293,21 se hace sin ninguna base en el análisis sintáctico, pretendiendo uniformar los tiempos de los verbos y omitiendo el hecho de que dentro de la serie de oraciones hay diferencias; en 187,21, la eliminación de *scribatur* sustituido por *scribat*, pierde posibilidades si se tiene en cuenta la primera persona que precede (*utinam scribam!*), que a su vez sigue a un *dicimus*, ya que pueden influir en la evitación de una tercera persona clara, a la vez que hace menos comparable este pasaje a otros aducidos por el autor de la obra que comentamos.



Son muy valiosas las aportaciones de Willis en el terreno de la conjetura (pp. 64-83) y están extraordinariamente utilizadas las comparaciones con los testimonios de Plinio y Solino. Las dificultades que entraña la tarea de enmendar lugares poco comprensibles en un autor como Marciano Capela, hacen tanto más apreciables los resultados alcanzados en muchas ocasiones por el autor. El hecho de posibles desacuerdos parciales, derivan precisamente del carácter de la obra de Capella y del círculo vicioso en que se gira cuando se inician estudios de este tipo: es necesario fijar el texto para proceder a un análisis sintáctico y estilístico, y a su vez es imprescindible un conocimiento de los hábitos lingüísticos del autor para proceder a la selección de variantes. Trabajos como el presente hacen avanzar el conocimiento del autor, y llaman la atención sobre las posibilidades que su estudio lleva consigo.

Aunque las erratas son escasas, todavía se han escapado algunas, sobre todo en los números de páginas de referencia a la edición de Dick y algunas —muy pocas— del texto latino.

C. CODOÑER

CODOÑER MERINO, CARMEN.—*El «De uiris illustribus» de Ildefonso de Toledo.* Estudio y edición crítica. Universidad de Salamanca, 1972. 150 pp.

La presente monografía sobre el *De uiris illustribus* de Ildefonso de Toledo comprende dos partes, como ya lo deja suficientemente entrever el subtítulo, una, dedicada al estudio de la obra bajo todos los aspectos, y otra, a la edición crítica de la misma, acompañada de una traducción castellana.

La primera parte (pp. 15-86), perfectamente organizada, desarrolla los temas siguientes: 1) Género literario de los catálogos; 2) El *De uiris illustribus* de Ildefonso; 3) Fuentes del tratado; 4) Estudio léxico y sintáctico del mismo.

Cuando Ildefonso se puso a componer su tratado sobre los hombres ilustres, ya le habían precedido en el género otros destacados escritores, tanto griegos como latinos. Merecen especial mención a este respecto Suetonio y Jerónimo. La autora establece una acertada comparación entre las obras de Suetonio, Jerónimo, Gemadio de Marsella e Isidoro de Sevilla sobre los *uiri illustres*, por una parte y el catálogo de Ildefonso, por otra, para descubrir en qué se distingue y cómo se especializa el género desde Suetonio hasta Ildefonso. Para Ildefonso, el *uir illustris* es el monje-pastor, el hombre funcionalmente perfecto, cuyas relaciones con Dios redundan en beneficio de las relaciones entre su persona y el pueblo (p. 22).

En algunos manuscritos del catálogo de Ildefonso aparece un capítulo dedicado al papa San Gregorio, capítulo que sin embargo falta en la mayoría de los manuscritos. Este hecho plantea el problema de la autenticidad del mencionado capítulo. Para la autora, la obra original de Ildefonso comprendía el prefacio, sin la apostilla final, y trece capítulos, correspondientes a las trece biografías, siendo, pues, una edición no original el capítulo sobre Gregorio. En la edición crítica, este capítulo figura como apéndice.

Respecto al autor del catálogo no hay dudas razonables: lo compuso Ildefonso de Toledo durante su episcopado, entre el 657 y el 667.

La finalidad de la obra de Ildefonso es, por una parte, la de continuar y completar la homónima de Isidoro de Sevilla; pero, por otra parte, su concepción del *uir illustris* es mucho más restringida, tanto desde el punto de vista geográfico, como de contenido, en relación al concepto de sus predecesores. Para Ildefonso ya no se trata de seleccionar hombres ilustres de la Iglesia universal, sino de hombres ilustres hispánicos, y, a ser posible, toledanos. Su horizonte, por consiguiente, es totalmente restringido. Toledo es para él el centro de interés, y el público a quien se dirige es también muy limitado: se trata de personas que podrían entender fácilmente las veladas alusiones que hace el autor a las situaciones concretas de la vida toledana.

Con respecto a la estructura del catálogo debemos decir que comprende un prefacio bastante largo y trece biografías. De los trece personajes mencionados, siete son toledanos; cinco no son escritores. Las biografías, si prescindimos de pequeñas variantes, obedecen todas ellas a un esquema bastante fijo, que comprende el nombre del personaje, el cargo, las cualidades, los datos biográficos, la muerte y la cronología de su obispado. La autora hace aquí un detallado análisis de la estructura para deducir una serie de interesantes conclusiones sobre la composición de la obra.

El valor documental del catálogo es considerable, pero resulta harto difícil la reconstrucción de los hechos. La profesora Codoñer se adentra en estos intrincados problemas con gran penetración y notable acopio de datos, de modo que puede trazar un cuadro verdaderamente sugestivo y completo de la situación histórica de la diócesis de Toledo en aquella época. Este cuadro recibe ulterior confirmación por el estudio de los problemas que plantea la existencia de la diócesis metropolitana de Toledo. Estos dos puntos se completan y esclarecen mutuamente.

El análisis de las fuentes y el estudio del léxico y la sintaxis del tratado cierran esta introducción, en la que nada queda sin atar y todos los problemas reciben el adecuado tratamiento. No vemos qué más se podría haber dicho.

La segunda parte, edición crítica de la obra, comprende un primer capítulo sobre la tradición textual del *De uiris illustribus*, en la que se describen y analizan trece manuscritos, otro, sobre las familias de manuscritos, que termina con el *stemma codicum*, y un tercero, especie de síntesis de todo lo anterior, en el que se hace la historia de la transmisión textual de la obra. Tres capítulos de paciente labor de búsqueda y compulsión, cuyos resultados satisfacen a la crítica más exigente.

La edición crítica, realizada según los más modernos sistemas de edición, tiene un amplio aparato crítico, donde se consignan todas las variantes, y lleva al lado la versión española. Al final va un *index uerborum*, cuya utilidad no hace falta destacar. Los estudiosos que en adelante traten algún tema relacionado con Ildefonso de Toledo y su catálogo de hombres ilustres no podrán desconocer en modo alguno esta obra de la profesora Codoñer.

O. GARCÍA DE LA FUENTE

## II. LINGÜÍSTICA.

HOFINGER, M.—*Lexicon Hesiodicum. Index Inversus*, Leiden, M. J. Brill, 1973. 138 pp.

El *Index Hesiodicus* de Paulson (Lugd. 1890, Hildesheim 1962) hace tiempo que ha quedado superado: el hallazgo de varias docenas de papiros hesiódicos y las ediciones críticas de este siglo lo habían dejado en esa situación en que se recurre a él sólo porque no hay nada mejor. Es éste un caso relativamente frecuente en la lexicografía griega que explica las reimpresiones de índices y léxicos que hace la editorial G. Olms de Hildesheim.

Esta penuria de obras léxicas referidas a Hesíodo llevó a Hofinger a dedicarse a la confección de un léxico de este autor. Ni que decir tiene que la empresa en sí ya sería de agradecer independientemente de su resultado en cuanto siempre es mejor disponer de un léxico completo que de un índice de un autor.

El *Index Inversus* que ahora reseñamos estaba pensado como un apéndice al léxico, pero se ha publicado por separado y antes que aquél porque, como es lógico, se terminó antes que el léxico.

El libro consta de una introducción explicatoria en francés, inglés y ruso, un espécimen del futuro léxico del que luego hablaremos y del *index* propiamente dicho. Este incluye todas las lecturas de las principales ediciones, las variantes, correcciones e incluso conjeturas, tanto en la forma como aparecen en los textos como el lema de las mismas. Incluso se incluyen las palabras conservadas en los frs. en prosa y únicamente se excluyen los errores manifiestos, las conjeturas que ni siquiera Merkelbach y West se atreven a poner en el texto sino que citan en notas y las reconstrucciones de palabras a partir de los fragmentos en prosa.

Se han respetado los paréntesis cuadrados, puntos infraescritos, etc. de los editores, y en los márgenes se da información sobre si la forma es *v. l.* o *dub.*, si aparece en la segunda parte del *Sc.*, los nombres de los editores que aceptan una lectura rara, etc. Los lemas están impresos en negrita frente a las lecturas reales que lo están en cursiva.

Juzgada en sí misma parece una obra excelente a la que personalmente no puedo ponerle ni un solo reparo.

Sin embargo un índice inverso de un autor tiene una aplicabilidad muy restringida. Más útil sin duda nos será el léxico prometido del que el espécimen presentado ofrece una muestra que nos hace esperar una obra de gran calidad: el léxico incluye todo lo necesario: frecuencias, localizaciones, traducciones, conjeturas, prosodia y métrica, formas morfológicas, etimología, etc. Lo único que choca es que a continuación del lema se dé una hilera de traducciones, quizá tratando de captar la esencia significativa de la palabra (así *αἰδώς respect; honte, pudeur, timidité, fausse honte*). Esto no es exactamente el último grito de la moderna teoría semántica. Quizá sería también una mejora el que se tradujesen las citas ya que si se dan varios términos diferentes en la lengua de salida conveniría una traducción para saber a qué atenerse. En todo caso el futuro léxico promete ser una obra bien hecha y esperamos que no tarde en aparecer.

J. LÓPEZ FACAL

LEMBACH, K.—*Die Pfl en bei Theokrit*. Carl Winter Universitäts Verlag, Heidelberg, 1970. 152 pp.

Teócrito maneja una muy densa terminología botánica que ha hecho preguntarse a los estudiosos su filiación científica en relación a Teofrasto, un poco en la línea de los que rastrean en los esbozos psicológicos de Menandro huellas de los *Caracteres* del universal compilador y científico helenístico.

Evidentemente, en los círculos helenísticos científicos y literarios hay una comunidad que hace que Teofrasto, Teócrito, Nicandro y Apolonio Rodio en escritos poéticos y prosaicos traten de exhibir en determinados momentos, y en varios campos, diferentes niveles de descripción y sistematización de lo que hoy llamaríamos ciencia. En un poeta como Teócrito, el uso de un epíteto con aspecto puramente poético puede contener un germen de descripción botánica, como ocurre también con otros científicos-poetas desde Empédocles hasta el complicado médico Andrómaco: en algunos casos este uso se ha fijado en nomenclatura científica.

Lembach ha hecho un estudio de la flora teocrílea, pero a la vez ha hecho una obra casi poética, de la misma forma que la erudición botánica de Teócrito no resulta pedante sino que se convierte en un recurso estético casi barroco.

Lembach ha querido respetar la estructura de la botánica de la época de Teócrito. No hace subdivisiones según criterios modernos sino por clasificaciones que surgen del material estudiado. Agrupa las plantas como pre-medicinales, mágicas, en relación con cultos, la boda, regiones, etc. En Teócrito el empleo de nombres de plantas no obedece a criterios totalmente estéticos ni al azar sino a reglas bastantes precisas: las σπιθαμαί o yacijas de diferentes flores, hierbas y hojas deben estar hechas de ciertas plantas refrescantes, olorosas, etc., según el tema del idilio o el carácter de divinidades locales (p. 29). Los juncales que aparecen en relación con los argonautas u otros mitos, por ejemplo la muerte de Hílas (p. 42,93) están formados por especies muy precisas (junca, junco, grama, etc.) unidas a estos temas y por ello Lembach las estudia en subgrupos diferentes. Otros subgrupos son los del «escenario pastoril» (p. 45), «las plantas comestibles» (p. 46), «las plantas mágicas» (p. 57), «los arbustos espinosos» (p. 77), «las plantas der Naturperversionen» (p. 82); en este último subgrupo se incluyen plantas que producen frutos, hojas, espinas diferentes de las de su especie por fenómenos que trastornan la naturaleza; por ejemplo, la muerte de Dafnis hace que las violetas echen espinas, el narciso florezca en el enebro;... que el pino produzca peras (p. 137 Teocr. 1 132 ss.), en la misma arcaica concepción que subyace en el adynaton «pedir peras al olmo». Esta forma de clasificar la flora de acuerdo con una estructuración mítica aunque no totalmente precientífica, hace que el libro de Lembach sea de difícil utilización para el lexicógrafo. Afortunadamente, al final encontramos excelentes índices.

Así pues, Teócrito se encuentra ante un material mítico que tiene que manejar con cierta soltura científica: la fuente de Hílas debe ser descrita con ciertas plantas precisas, pero a la vez, parece que Teócrito en esta descripción sigue bastante de cerca a Teofrasto.-

Lembach, a mi ver, consigue hacer el estudio de las plantas desde el interior de la obra de un poeta que tenía conocimientos botánicos, pero puestos al servicio de la obra literaria. Un bonito libro en el que el autor se muestra muy prudente

(a veces demasiado) a la hora de proponer nuevas interpretaciones o identificaciones de plantas.

Leyendo el libro de Lembach contemplamos los paisajes idílicos en su verdadera dimensión: «sotos» y «lugares cobdiciaderos» que tan bien conocemos en España donde susurrar cipos y álamos (πολλὰ δ' ἄμμιν ὑπερθε κατὰ κρατὸς δονέοντο / αἴγειροι πτελέαι τε Teócrito 7.135-36) rodeados de solanera y ciertos áridos.

ÉLVIRA GANGUTIA

STRUNK, K.—*Probleme der Lateinischen Grammatik*. Herausgeg. von—. Wege der Forschung, Band XCII, Darmstadt. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973. VII + 451 pp.

La mayor parte de los veintiocho trabajos reunidos en este volumen eran ya familiares para un latinista medianamente informado. Pero, estando como estaban, dispersos en revistas o formando parte de libros de mayor empeño, resulta útil encontrarlos reunidos y a mano en un volumen de cómoda utilización. El intento del editor ha sido tender un puente que permita el tránsito de una a otra de las dos orillas opuestas de la lingüística latina actual: la tradicional, de la gramática histórica, y el nuevo territorio tan escasamente recorrido del estructuralismo y aún, más allá, del transformacionalismo. En este sentido es lástima que la escasa audiencia que lamentablemente tienen todavía los notables logros de los filólogos y lingüistas clásicos españoles haya privado al editor de incluir algunos de los notables trabajos estructurales que han publicado Mariner, Rubio, García Calvo, R. Adrados, por sólo mencionar los nombres de obra más cuantiosa. Porque estos autores han aportado a la nueva lingüística latina algunas contribuciones más notables que las de Hall, Householder, Perrot o Lakoff que se recogen en este libro. El propio editor, que menciona entre los pocos ensayos de conjunto de Fonología o Fonemática latina los de Brandenstein o Jansen, ignora el más completo e importante de Mariner, que uno de los colaboradores del volumen, Mujacic, también parece desconocer, aunque cite en su bibliografía otros dos trabajos de temas fonológicos del profesor español.

Sería ocioso por mi parte subrayar ahora la importancia de algunos de los trabajos «clásicos» que se reimprimen en este libro, como los de Leumann, Wackernagel, Löfstedt, Benveniste. Más útil para los lectores de EMERITA será relacionar algunos de los principales artículos que se reúnen en él. Por ejemplo, los de Wackernagel sobre la teoría de los casos (tomado de las *Vorlesungen*) y sobre la aplicación al latín de la «ley» indoeuropea acerca de las palabras que tienden a ocupar el segundo lugar de frase, desarrollada después en cuanto al dativo de los pronombres personales de plural griegos y latinos, por Ed. Fränkel, en un trabajo que también se reproduce aquí. Los de Leumann sobre la fonología de las lenguas muertas —un manifiesto antifonemático—, sobre la agrupación funcional de los sufijos —una pequeña obra maestra— y la prehistoria de las finales con *ut*; Löfstedt, «Wortform, Wortumfang und Verwandtes» (tomado de la *Syntactica*); J. B. Hofmann «Coordinación y subordinación en el latín popular y conversacional» (precedente de la *Lat. Umgangssprache*). A ellos se unen, entre

los que me parecen más importantes, el genitivo de Benveniste — lástima que no aparezca nada de De Groot—; la eliminación de anómalos en la conjugación de Ernout, y otros de Kelly —muy interesante aplicación a la fonología latina de los «distinctive features» de Jakobson—; Goddel —sobre la evolución de las vocales breves—; Rix —sobre la síncope—; Meyer —sobre el origen del perfecto—, etcétera.

Los dos territorios lingüísticos —de la diacronía y la sincronía— quedan al final sin comunicación entre sí, por la ausencia —en este libro— de los ensayos de conciliación metodológica que algunos lingüistas —Martinet, Coseriu, el propio De Groot, los colegas españoles antes mencionados y otros que seguramente ignoro yo— han hecho, buena parte de los cuales se cifan exclusivamente al latín y otros se refieren a él lo suficiente como para haber podido ser incluidos en este libro, porque apuntan de verdad a los «caminos de la investigación».

Pese a estas objeciones, insisto en la utilidad de recopilaciones como ésta, no sólo por resultar tan manejable, sino, sobre todo, porque su lectura atenta y seguida genera estimulantes reflexiones.

A. FONTÁN

*Recherches de Philologie et de Linguistique. Troisième série.* Publiées sous la direction de M. HOFINGER. Travaux de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université Catholique de Louvain IX, Section de Philologie Classique. III. Louvain, Bibliothèque de l'Université, 1972. 175 pp.

El libro objeto de la presente reseña se compone de una serie de artículos, de diferentes autores, agrupados fundamentalmente en dos secciones; la primera perteneciente al «Centre de Recherches sur le Grec Archaïque», y la segunda, que contiene un solo artículo, el de J. Pouilliar «Le subjonctif et l'association modale en latin», adscrita al «Centre de Recherches sur la langue Latine», dirigidas respectivamente por los profesores Hofinger y Lavenuy. No obstante, inician el volumen, sin quedar incluidos en ninguno de estos apartados, los trabajos de D. Doumet: «La particule \*AN dans l'histoire des doctrines grammaticales»; J. Mossay: «Notes sur l'herméneutique des sources littéraires de l'histoire byzantine»; y de J. Poucet: «Semo Sancus Dius Fidius. Une première mise au point». En nuestra reseña seguiremos normalmente el orden de aparición de los diferentes artículos en el libro.

Daniel Doumet, en su trabajo «La particule \*AN dans l'histoire des doctrines grammaticales» (pp. 7-37), establece la historia y significados de \*AN desde la época de los gramáticos alejandrinos hasta los del Renacimiento, quedando evidente para Doumet que el descubrimiento del doble valor, potencial de un lado y eventual de otro, de \*AN fue realizado por Teodoro Gaza. Como ya antes habíamos indicado a este trabajo sigue el de Justin Mossay: «Notes sur l'herméneutique des sources littéraires de l'histoire byzantine» (pp. 39-51). Mossay, tomando como base el análisis literario del relato del tránsito de Sta. Gorgonia, compuesto hacia el 370 por Gregorio Nacianceno, estructura su artículo en tres partes: la primera la dedica al examen descriptivo de los procedimientos literarios utilizados en el relato; en la segunda precisa el valor histórico del documento en sí,

dedicando la tercera a tratar, de forma breve y ampliando los límites mismos del trabajo, las fuentes literarias de tipo análogo pertenecientes a la Edad Media protobizantina y bizantina. J. M. mediante este planteamiento llegará a las siguientes conclusiones: en primer lugar, subrayará el interés de este tipo de obras para el conocimiento de la mentalidad e ideas de la época a que pertenecen; a continuación observará que un examen minucioso de la obra revela una notable dependencia, por parte de ésta, de la retórica griega clásica y neoclásica. Por último, los principios de hermenéutica aplicados por el autor en su trabajo no serán necesariamente aplicables a otros textos aunque pertenecieran a idéntico género literario. El tercer artículo de esta parte introductoria titulado «*Semo Sancus Dius Fidius. Une première mise au point*», de Jacques Poucet (pp. 53-68), intenta explicar de forma coherente y a partir de los testimonios antiguos el conjunto de términos que designaban a la divinidad que, al igual que Quirino, tenía dedicado un templo en el Quirinal. De paso, el autor hará la crítica de las teorías modernas sobre el asunto. Para Poucet cabe distinguir tres etapas en la historia de la denominación. En la primera, representada por el conjunto *Dius Fidius*, estaríamos frente a una divinidad relacionada con Júpiter por una parte y con la noción de *Fides* por otra. En tiempos de la República se identificará a *Dius Fidius* con una divinidad de tradición sabina llamada *Sancus*. Parece que la correspondencia entre ambas divinidades está clara; así vemos que el *Sancus* de las tablas de Gubio está estrechamente relacionado con Júpiter y otras divinidades entre las que estaría *Fisus* o *Fisouius* que numerosos lingüistas ponen en relación con el *Fides* latino. Ovidio en *Fast.* VI 213-216 nos dice que el dios podría llevar indistintamente los nombres *Sancus*, *Fidius* y *Semo Pater*. Estos términos podrían explicarse de la siguiente manera: *Sancus* sería el titular del templo; *Fidius* ocupa, evidentemente, el lugar de *Dius Fidius* ocurriendo que al no haber sido entendido *Dius* y confundirse con *deus* se ha dejado de lado como si se tratase de un nombre común sin importancia. En esta segunda etapa el dios aparecería con la forma *Semo Sancus*. En cuanto a *Pater* es normal este tipo de adiciones a nombres de divinidades. Por lo que respecta al sentido de *Semo* se han establecido dos opiniones: una consideraría que este término está relacionado etimológicamente con la raíz \**sē-* de *sērere* y *sēmen*, de este modo se interpretaría *Semo* como «un antiguo dios de las siembras», o «la fuerza de la generación». La segunda opinión daría a *Semo* un valor más general sirviendo para designar a una categoría particular de seres divinos; esta última es la aceptada por Poucet. Concretando, tendríamos tres grandes etapas cronológicas en la evolución de la divinidad. En primer lugar *Dius Fidius* representaría la fase más antigua y se referiría a un antiguo dios latino a quien estaría dedicado, en principio, el templo del Quirinal. Posteriormente *Dius Fidius* fue identificado con *Sancus*, divinidad de corte sabino, predominando esta última hasta el punto que el santuario pasó a llamarse *Aedes Sancus*. Es en esta época, también, cuando aparecería el dios bajo la denominación *Semo Sancus*, aunque no estaría aún fijada quedando *Semo* como una adición facultativa. Por último, en la tercera etapa, la divinidad sería designada por el conjunto de los diversos términos con los que precedentemente estaba en relación: *Semo*, *Sancus*, *Dius Fidius*; esta fase, ya en curso en época de Ovidio, quizá estuviese manifestando una renovación artificial de su culto.

Los trabajos incluidos dentro del apartado correspondiente al «Centre de Recherches sur la Grec Archaïque» versan, excepción hecha de uno de los de

Yves-Marie Charue: «Les 'labiovélares' mycéniens, leur état antérieur et leur évolution postérieure» (pp. 77-95), sobre la interpretación de diferentes términos. En el primero de ellos, «Hesiodica. Le contraste κακότης - ἀρετή dans les vers 286-292 des Travaux» (pp. 71-76), el profesor Hofinger critica la interpretación tradicional del doblete κακότης / ἀρετή, términos que se encuentran en los vv. 287 y 289 de *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo, que partiendo de la apresurada cita que de éste hace Platón, en *Leyes* IV 718d-719a, llega hasta nuestros días. La interpretación tradicional resulta errónea por el hecho de entender estos términos bajo un punto de vista filosófico-moral (que correspondería a las significaciones latinas de *malitia*, *virtus*), desatendiendo los sentidos primarios de «mala calidad» y «excelencia» o «superioridad» en ellos contenidos. El único modo correcto de entenderlos, dentro del fragmento hesiódico, es el de la oposición que resulta entre la situación miserable (κακότης) del trabajador haragán y el éxito o prosperidad (ἀρετή) que acompaña al trabajador esforzado. A este artículo sigue el antes mencionado de Yves-Marie Charue: «Les 'labiovélares' mycéniens leur état antérieur et leur évolution postérieure». Utilizando el testimonio del micénico y la comparación entre los diferentes dialectos del primer milenio Charue ha establecido, fundamentalmente, los siguientes puntos: en primer lugar todas las labiovelares que en griego no habían sufrido disimilación en contacto con -u- y no se habían simplificado ante *yod* se transforman en labiales con apéndice labiovelar. Segundo, en todos los dialectos, excepto el colio, las labiales con apéndice labiovelar se han palatizado ante -e e -i. Tercero, los problemas planteados por el tratamiento de las labiovelares ante -i pueden resolverse del siguiente modo: los grupos *bli-* y *phli-* han perdido su apéndice palatal por asimilación y disimilación, quedando conjugados ambos factores. Cuarto, los signos que se han transcrito convencionalmente como *qa*, *qo* en micénico representan oclusivas labiales acompañadas de un apéndice labiovelar; *qe*, *qi*, sin embargo, pueden representar oclusivas semejantes aunque quizás parcialmente palatalizadas. De todo ello puede concluirse que la evolución de las labiovelares ha sido diferente de dialecto a dialecto; es más, probablemente, con referencia a este aspecto, no ha sido tan importante como se ha creído la oposición entre dialectos eolios y los restantes. Los tres artículos siguientes son también de Y.-M. Charue; en el primero de éstos «Mycénien *ka-ma*, *ka-ma-e-u*» (pp. 97-107) abandona la interpretación tradicional y de todos admitida de *ka-ma* como 'campo de un género especial'. Charue niega la relación de *ka-ma* con el término *ka-ma-e-u* prueba que *ka-ma* no sería un tema en -ā, sino un nombre en -ας / -αός, igual que γέρας (mic. *ke-ra*), y probablemente de la misma raíz que κάμνω. El autor del trabajo propone traducir κάμος por «retribución (de una prestación)». Los καμῆτες serían individuos que tendrían un beneficio de la tierra comunal a cambio de un trabajo. En su artículo siguiente «A propos des ΤΕΛΕΣΤΑΙ (tereta) de Pylos» (pp. 109-111), Charue despojando a los *te-re-ta* de todas sus relaciones con el campo religioso, ya como 'sacerdotes iniciadores' (hipótesis enunciada en un principio por W. E. Brown y J. Chadwick), ya como sacerdotes del culto del *wanax*, o personajes que estén en una relación más o menos estrecha con el culto (cf. respectivamente F. R. Adrados, «*Te-re-ta wa-na-ha-te-ro* y los ἀνακτοτέλεσται», *Minos*, N. S., 1970, y *Acta Mycenaea*, Salamanca, 1972, pp. 178 y ss.), se inclina, aunque con ciertas modificaciones, por la interpretación que L. R. Palmer (cf. *Interpretation*, pp. 190-191) del término, según la cual *te-re-ta* = 'hombres del τέλος', es decir, del servicio real. Ahora bien, τέλος en griego significaría 'pago'.



'tasa', 'impuesto'; por tanto para Charue los τελέστοι serían «hombres del tributo»; es decir, 'los que tributan'. «Le nom grec du boulanger» (pp. 113-117), en éste, su último trabajo, Charue cuestiona la explicación tradicional por metátesis del paso de mic. *a-to-po-go* al át. ἀρτοκόπος, y propone, apoyándose en su anterior artículo sobre las labiovelares, la siguiente evolución: *a-to-po-go* > \*ἀρτοποκ<sup>u</sup>ος > \*ἀρτοποφ<sup>u</sup>ος (alteración incondicionada de antiguas labiovelares en griego común) > \*ἀρτοφ<sup>u</sup>οφ<sup>u</sup>ος («dilation» o asimilación a distancia producida por afinidad entre el fonema asimilante y el asimilado), cuanto menos en ciertos sectores del jonio) > \*ἀρτοφ<sup>u</sup>οφ<sup>u</sup>ος (la labial velarizada *p<sup>u</sup>* tomaría una articulación postpalatal *φ<sup>u</sup>*, cuando estuviera precedida y seguida del fonema /o/ > \*ἀρτοφ<sup>o</sup>φ<sup>u</sup>ος (con simplificación del grupo inestable *φ<sup>u</sup>*), dando ἀρτοφός, ἀρτοκόπος por último. De Alban Daudet son los dos artículos siguientes en los que reelabora materiales de su tesis de licenciatura «\*Eργον et les termes apparentés dans l'oeuvre d'Hésiode», realizada bajo la dirección del profesor M. Hofinger en Lovaina en 1970. En el primero de ellos «ΧΑΛΚΩΙ Δ' ΕΙΡΓΑΖΟΝΤΟ. A propos du sens d'ἐργάζομαι, en Hésiode», *Travaux*, v. 151, pp. 119-125), critica la traducción 'labrabau' que P. Mazon hizo del εἰργάζοντο del v. 151 de los *Trabajos* (cf. P. Mazon, *Hésiode. Théogonie, Les Travaux et les Jours, Le Bouclier. Texte établi et traduit par Coll. des Un. de France, Paris 1928, p. 91*), así como el apoyo que prestó posteriormente a esta interpretación J. P. Vernant en su trabajo «Le mythe hésiodique des races. Essai d'analyse structurale», publicado en la *Revue de l'Histoire des Religions*, 158, 1960, pp. 21-54, gracias a la cual podía entrever en este pasaje una alusión a la siembra mítica de los dientes del dragón. Daudet niega que ἐργάζομαι pueda tener este valor de «labrar» en Hesíodo e incluso que el contexto permita atribuirlo, ya que el fragmento va referido a los hombres de la raza de bronce, quienes nunca trabajaron la tierra. Es preciso, pues, entender a ἐργάζομαι con su significado más corriente de «trabajar». En su segundo artículo «Trois composés hésiodiques en -εργος» (pp. 127-134), Daudet se dedica a la interpretación de los compuestos hesiódicos ἐτῶσιο-εργός, ἀμηχανοεργός y ἀμβολιεργός.

Finaliza la sección del libro dedicada al «Centre de Recherche sur le Grec Archaïque» con los trabajos de Monique-Mund-Dopchie sobre problemas de interpretación en Esquilo; el primero: «*Aeschylea. Exégèse des vers 803-805 des Choéphores*» (pp. 135-147), gira en torno a las dificultades de traducción que plantea el sintagma προσφάτοις δίκαις del verso 804 de *Las Coéforas* de Esquilo. En el segundo «*Aeschylea. La signification de KYPOΩ au vers 581 et 639 des Euménides*» (pp. 149-154) postula para κυρώω, en los versos citados en el título del artículo, la significación de 'dar fuerza ejecutoria', considerando acepciones tales como 'juzgar', 'decidir', etc., que suelen otorgar los tratadistas a este término, sin ser del todo incorrectas, imprecisas y debilitatorias de la fuerza de la palabra.

Por último, y ya dentro de la sección dedicada al «Centre de Recherches sur la langue Latine», se inscribe el trabajo de Anne Pouillart, «Le subjonctif et l'association modale en latin» (pp. 157-175), en el que utilizando el método estructural se intenta una nueva aproximación a los problemas que plantea el subjuntivo y la asociación modal.

I<sup>a</sup>. AURA JORRO

GARCÍA DE DIEGO LÓPEZ, VICENTE.—*Toponimia de la zona de Jerez de la Frontera*. Jerez de la Frontera, Publicaciones del Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1972. Prólogo de T. García Figuera, V + 110 pp. y cuatro mapas.

Antes de enjuiciar un libro cualquiera deberíamos conocer claramente qué es lo que se propuso el autor al escribirlo, si interesar simplemente a los lectores en una cuestión cualquiera, hacer un trabajo de divulgación pero con criterio científico o hacer un libro para especialistas en la materia. Éste es un problema que se nos plantea agudamente al tratar de hacer una reseña y un comentario del libro de García de Diego sobre la toponimia jerezana, que tenemos entre manos.

Antes de entrar en la opinión que el libro nos merece, haremos de él una breve descripción. El trabajo tiene dos partes y varios apartados dentro de ellas, como ya indica el autor en el preámbulo. En las primeras 55 páginas estudia los términos que son o pueden ser de origen antiguo, bajo los epígrafes «Fenicios y Libios», «Celtas», «Iberos», «Cartagineses», «Ligures», «Sicanos», «Sicellitani», «Tartessos», «Etruscos», «Griegos», «Romanos», «Vías romanas», «Vocabulario de nombres antiguos recogidos por los geógrafos e historiadores griegos y romanos», «Germanos», «Arabes» y «Vocabulario árabe». En la página 25 hay un mapa de la Península con los étnicos mencionados en la *Ora Marítima* de Avieno, y en la página 33 otro con étnicos mencionados en Plinio.

La segunda parte, bajo el título general de «Incorporación de vocabulario en la post-reconquista. Términos modernos», tiene los apartados de «Reconquista» y «Vocabulario. Nombres actuales de Jerez y su término». En la página 62 hay un mapa que recoge la zona más meridional de la Bética, titulado «Mapa antiguo», y en la página 99 otro del antiguo Jerez (más bien la comarca), a escala 1:125.000.

Aquí acaba el estudio propiamente dicho y luego hay un índice bibliográfico y de abreviaturas.

Y acabada la descripción, se plantea la cuestión a que aludíamos al principio: ¿Qué nivel científico pretendió dar V. García de Diego a su trabajo? ¿Es un libro para interesar a los jerezanos en las riquezas lingüísticas de los topónimos de su región? En ese caso es posible que se haya cumplido el objetivo fijado. Pero si pretendió hacer un estudio dedicado a especialistas, a lingüistas, historiadores o arqueólogos, creo que al libro habría que pedirle mucho más. En conjunto el libro se puede calificar de poco sistemático, de impreciso y a veces hasta de confuso.

Y yo creo sinceramente que de la competencia científica de V. García de Diego podía haberse esperado mucho más.

Para empezar falta una delimitación clara de la región que se va a estudiar y así se hacen referencias, a menudo muy vagas e imprecisas, a topónimos y étnicos de otras regiones dentro de la misma Andalucía y fuera de ella, sin que se vea bien el por qué de tales referencias o la inclusión del estudio de ciertos topónimos. En la enumeración de éstos falta una referencia clara de la fuente de cada uno, sean los autores clásicos, la epigrafía o fuentes medievales, con la fecha, al menos el siglo, en que estas formas están atestiguadas, lo cual es muy importante para situar la evolución de los topónimos desde la forma más antigua conocida de cada uno hasta el momento presente, y también para situar los topónimos en relación con las diferentes poblaciones que ocuparon la zona y dejaron sus huellas en la toponimia, bien creando ciudades nuevas con sus corres-

pondientes nombres, bien modificando o cambiando por completo los ya existentes. Pero todo esto está confusamente expresado. Las referencias a los pobladores de la región y a sus posibles lenguas, así como a sus restos arqueológicos de la zona, son imprecisas cuando no confusas.

Esta vaguedad en un trabajo que podría ser muy interesante para el conocimiento de la zona jerezana, es lamentable y se echa de menos el rigor científico necesario para llegar al conocimiento de la España antigua, que sólo se ha de lograr por la conjunción de los esfuerzos de arqueólogos, lingüistas e historiadores, acudiendo a las fuentes directas para ver si se confirman las afirmaciones de los autores clásicos o debemos dejar de una vez de repetir las como tópicos mauidos sin apoyo en la realidad.

Una ojeada a la bibliografía mencionada en el trabajo para acabar. En general es bastante completa, pero no se ve bien en qué medida ha sido empleada, ya que el libro apenas tiene citas ni notas a pie de página que indiquen en qué autoridades se basan las afirmaciones que se hacen. En el índice bibliográfico se mencionan algunos trabajos de epigrafía, entre ellos naturalmente el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, pero no parece que la epigrafía de la región haya sido utilizada como fuente ni siquiera como referencia buscando la posible relación entre topónimos y antropónimos, ya que los primeros están muchas veces relacionados con los segundos y viceversa. Echamos de menos entre las obras de Menéndez Pidal la *Toponimia prerrománica hispánica*, aunque menciona alguno de los trabajos incluidos en esta obra. Echamos de menos entre los trabajos de Tovar a varios que le hubieran sido muy útiles al autor para centrar la cuestión de las lenguas primitivas de la Península, entre los cuales señalaré tan sólo: «Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico», publicado en *Zephyrus* 8, 1957, pp. 77 y ss., y uno verdaderamente indispensable para el trabajo que enjuiciamos, «Les celtes en Bétique» *Etudes Celtiques* 10, 1962, pp. 354 ss. Y un autor que es apenas mencionado, a pesar de ser una autoridad en cuestiones de toponimia hispánica, es J. Corominas. Podríamos extendernos más en el comentario sobre la bibliografía citada, pero sólo queremos indicar que no contiene trabajos muy recientes, si es que este libro, publicado en 1972, se compuso en fecha inmediatamente anterior a su publicación. A veces el gran espacio de tiempo que pasa desde que un trabajo se hace hasta que aparece publicado, hace que, lo que en un momento dado pudo ser valioso, varios años más tarde pierda gran parte de ese valor.

En suma, un libro que quizá sirva para que los jerezanos se interesen por los topónimos de su tierra, pero al que desde un punto de vista estrictamente científico deberíamos pedirle una estructura más sistemática, mayor precisión en las referencias, una bibliografía más completa y actual, y a la vez que se perciba como más utilizada, y unas conclusiones al final del estudio sobre lo que a la ciencia histórica y a la lingüística puede aportar el conocimiento de la toponimia de la región de la antigua *Ceret*, que ya en tiempos de Columela era famosa por sus vinos.

M.<sup>a</sup> LOURDES ALBERTOS FIRMAT

## III. LITERATURA, HISTORIA Y FILOSOFÍA.

MATTES, J.—*Der Wahnsinn in griechischen Mythos und in der Dichtung bis zum Drama des fünften Jahrhunderts*. C. Winter, Heidelberg, 1970. 116 pp.

Un estudio sobre la locura en la Antigüedad puede ser objeto de tres enfoques, el médico, el religioso y el literario. El médico puede tratarse aparte, como se ha hecho a veces, ya que hay numerosos textos de médicos griegos que tratan el problema desde un punto de vista técnico (cf. H. Flashar, *Melancholie und Melancholiker in den medizinischen Theorien der Antike*. Berlin, 1966 y otros). En cambio los otros dos enfoques, el religioso y el literario son inseparables, al menos en la Grecia Antigua, ya que el material al que acude el investigador es en realidad el mismo, los textos literarios. Un estudio que trate de separarlos o que intente una tipología de la locura como fenómeno patológico «natural» basándose en textos literarios imbuidos de contenido y espíritu religioso, como son los griegos, está abocado a ser, cuando menos, incompleto. Y este es el caso del libro que nos ocupa. J. Mattes nos adelanta ya en la introducción su verdadero propósito: «in dieser Arbeit geht es aber nicht um die soeben genannten Formen des Wahnsinns (i. e. afectos fuertes, amor, dolor físico, éxtasis en todas sus formas, inspiración poética y profética), sondern allein um den 'pathologischen' Wahnsinn... in Mythos und Dichtung» (p. 7).

Lo que intenta J. Mattes es, pues, hacer una tipología de la locura basándose en fuentes literarias anteriores al siglo IV siguiendo los pasos del Prof. H. Geyer (*Dichter des Wahnsinns. Eine Untersuchung über die dichterische Darstellbarkeit seelischer Ausnahmezustände*. Göttingen, 1955) que lo hace en Sófocles, Shakespeare, Goethe, Kleist, Ibsen, Hauptmann y Binding.

Para ello comienza haciendo una exposición del material mítico sobre el tema en la que presenta por orden alfabético los personajes afectados de locura, añadiendo las fuentes tanto literarias como arqueológicas. De esta manera recoge 32 mitos a los que añade 9 más transmitidos sólo por Ps. Plutarco, *de Fluviis*, lo que resulta prácticamente completo si no fuera por ausencias tan extrañas como la de Casandra, entre otras.

Como apéndice añade unas tablas que resultan útiles ya que en ellas se capta sinópticamente en cada mito el causante de la locura, la causa, el curso que toma y la resolución de la misma.

A continuación estudia los dioses causantes de la locura, junto con el motivo de la misma. Y también aquí se silencia a Apolo, como antes se había silenciado a Casandra.

De este estudio el autor deduce que «como la locura es enviada por un dios en general, también puede entrar un dios concreto. Con todo, no es claro en todos los casos por qué escoge el dios en cuestión precisamente la locura como medio para castigar al hombre. Así la locura no se entiende ni a partir de la naturaleza ni a partir del culto de Zeus o Hera» (p. 48). Ahora entendemos por qué Mattes silencia a Apolo como causante de locura, aunque aparece como tal en numerosos pasajes. Es evidente que esta conclusión del autor se basa en una concepción un tanto «atrasada» de la religión griega y en un planteamiento equivocado de su estudio.

Tanto en este punto como en muchos otros del trabajo se ve que, a pesar de los datos que aporta el autor, o no se sacan conclusiones o se sacan equivocadas,

debido al planteamiento. Por ejemplo, en este mismo caso de los dioses causantes de locura es evidente que la mayoría de ellos pertenecen a una esfera de la religión que el autor llama «inferior» («*inferiore Religione*»), aunque habría que llamarla «agraria» con más propiedad. Pues bien, si hay dioses que no «casan» con el esquema agrario y, a pesar de ello, envían la locura, la única conclusión correcta, creo, será pensar que este rasgo es un arcaísmo en divinidades que en la estructura religiosa de la época clásica han adoptado una «función» diferente, como es el caso de Zeus, Apolo, Hera, Atenea, etc.

En el capítulo siguiente se estudia la culpa como causa de locura y la resolución de la misma. Finalmente, en la última parte se aborda la sintomatología: agresividad (que se manifiesta en el asesinato y el suicidio), la huida y persecución, para terminar estableciendo varios tipos de locura: la erótica, la religiosa, la cinantrópica, etc.

En resumen, creo que es un estudio muy rico en datos, pero muy pobre en su planteamiento y conclusiones. Creo que el tema de la locura en la literatura griega es, al contrario de lo que puede suceder en la literatura moderna o contemporánea, fundamentalmente, si no exclusivamente, un problema religioso. Esto es obvio si observamos que el vehículo de este tema es el mito y éste no es sino el reverso del culto. Y, desde luego, el libro que presentamos no lo estudia en profundidad como fenómeno religioso. Habría que distinguir entre la locura colectivo-ritual (Dionisio, Coribantes, etc.) y la individual; habría que estudiar por qué se trata casi siempre de dioses pertenecientes a la religión no-olímpica y relacionar este fenómeno con la religión agraria, con los ritos de persecución, de expulsión del principio del mal, de purificación, etc.; sería preciso estudiar la adaptación de estos ritos al material que maneja el autor trágico y a la mentalidad de su época y así se vería que la locura como culpa es una reinterpretación de rituales de los que ésta está completamente ausente.

Por otra parte, este libro tampoco resulta satisfactorio como estudio de la locura-enfermedad. La última parte, que trata de establecer una tipología y sintomatología de la locura, resulta un tanto pobre, como era de esperar, ya que los poetas suelen ser muy vagos en lo que respecta a la medicina. Los tipos de locura que se descubren en la Tragedia son pocos y con perfiles poco claros y la sintomatología muy superficial y poco científica.

En fin, creo que el libro es muy útil por el acopio de datos y bueno en la exposición, pero a la postre resulta decepcionante como estudio de religión griega y poco revelador como estudio de medicina antigua.

J. L. CALVO MARTÍNEZ

UNTERSTEINER, MARIO.—*La fisiología del mito*. Florencia, La Nuova Italia, 1972. XXXII + 520 pp.

Esta es la segunda edición, «aumentada y puesta al día», de la amplia obra publicada en 1946 por el profesor Untersteiner. Las ampliaciones hechas por el autor en esta edición son muy notables, sobre todo por la recogida de nuevos datos (como los referentes al micénico) y alguna bibliografía posterior, de gran importancia sobre el tema.

En cuanto al tema mismo, conviene subrayar lo amplio de su empeño al ofrecernos un panorama del desarrollo de las concepciones míticas en el mundo espiritual griego, y también ese estilo filosófico y grandilocuente característico de su autor. Para situar el estudio en la adecuada perspectiva conviene recordar la aparición en 1940 del sugestivo libro de W. Nestle *Vom Mythos zum Logos*, que Untersteiner reseñó poco después, señalando una nueva perspectiva para enfocar ese forcejeo entre los dos métodos de explicación de la realidad, el mítico y el racional. Aquí desarrolla M. U. esa nueva perspectiva, que insiste en el desarrollo interno del mito como forma de pensamiento y en su íntima conexión con el desarrollo del espíritu racional.

Para el «logos» el mito no sólo ha supuesto un enfrentamiento dialéctico, sino una inspiración, una aportación seminal y muchas veces un punto de apoyo. Por otra parte, el libro nos hace ver que el mito no permanece estancado, a pesar de su pretendido ahistoricismo, sino que también, a su manera, pretende estar a la altura de los tiempos. El repaso a su devenir histórico desde la época preindoeuropea a la del tardío helenismo forma el hilo conductor del libro.

El lector del libro puede disentir en algunos puntos (así, por ejemplo, lo haríamos respecto a algunas hipotéticas construcciones sobre la religiosidad mediterránea, según teorías de Pestalozza; o en el análisis del mito de la décima oda pítica (pp. 286 y ss.), y encontrar especialmente sugestivas otras (por ejemplo, nos parece el mejor el cap. IV sobre «la crisi della cività ellenica (secoli VIII-VI)»; así como muy interesantes las consideraciones sobre mitos en la sofística). Pero es sin duda la panorámica general sobre la evolución interna del pensar mítico lo que debe valorarse en primer lugar.

En los pueblos de larga tradición cultural, el mito está sujeto a ese proceso interno que puede abocar a su propia descomposición, frente a otro tipo de explicación del mundo más efectivo, como resulta el método racional; pero, a diferencia de lo que nos ofrecen los mitos de pueblos iletrados, de los «Naturvölker», por decirlo con una denominación anticuada, en esa tradición cultural el mito pasa por diversas etapas de interpretación, desde la aceptación más acrítica a la alegórica, o al mero uso decorativo. Pienso que esta idea está sugerida en algunos libros recientes (que Untersteiner no podía citar por la fecha de su publicación) como el de J. de Vries, *Forschungsgeschichte der Mythologie*, Freiburg, 1961, y el de G. S. Kirk, *Myth. Its meaning and functions in ancient and other cultures*, Cambridge, 1970. Pero en ellos está sugerida marginalmente, mientras que la variación diacrónica de la interpretación mítica es fundamental en la obra que estudiamos.

La idea de que la oposición entre mito y razón no es tan radical en su concreta realización histórica como en la teoría abstracta, resulta hoy menos original que cuando apareció por primera vez esta obra. Entre los nombres que echamos en falta en la bibliografía, y que serían muy significativos en apoyo de la dirección aquí seguida, están los de Cornford y Dodds, de los que no se cita ningún trabajo, omisión destacada más por lo generoso que es Untersteiner en las citas y la bibliografía.

No queremos entrar aquí en la discusión detallada de puntos concretos de un trabajo tan extenso. La panorámica y problemática general junto con lo profundo de la interpretación son los méritos capitales de esta obra, cuya importancia no resulta mermada por la posible divergencia de criterio en algunos pa-

sajes. Además de que nos parece muy acertado en enfoque general, el libro resulta muy sugerente, gracias al estilo intelectual y a la sabiduría filológica del profesor Untersteiner. Bien digno era pues de esta reedición y puesta al día.

C. GARCÍA GUAL

BÖHME, ROBERT.—*Orpheus. Der Sänger und seine Zeit*. Berna, Fracke Verlag, 1970. 575 pp.

Libro muy sugestivo y del que se pueden aprender muchas cosas sobre los orígenes de la poesía griega, pero que personaliza excesivamente, pensamos, esos orígenes en la figura de Orfeo, supuestamente histórica.

Su tesis, expuesta sumariamente, es la siguiente. Orfeo es un citarodo, cantor lírico, que existió realmente en fecha anterior a Homero, posiblemente (p. 210) en época micénica. Su presencia en una metopa del tesoro de los sicionios en Delfos, a bordo de la nave Argos, puede interpretarse en el sentido de que compuso un poema sobre los argonautas. Orfeo está en el origen de toda la Citarodia griega, la segunda rama de la poesía griega arcaica, al lado de la Epica que depende de Homero. Pero Homero es más reciente e incluso el proemio de la *Ilíada* está imitado del supuesto verso inicial antiguo del *Himno a Demeter*: Μῆνιν ἄειδε, θεά, Δημήτερος ἄγλαόκαρπου. Para Böhme, efectivamente, el *Himno a Demeter* contiene numerosos elementos de origen órfico, igual que la *Nekuia* homérica y que numerosos elementos en Hesíodo y en los lesbios.

Böhme está en la línea que investiga los orígenes preliterarios de la Lírica y, concretamente, de la Citarodia. Sus investigaciones sobre el proemio, sobre la derivación a partir de él de los *Himnos Homéricos*, sobre su influjo en la *Teogonía* hesiódica y su papel fundamental en el desarrollo de la poesía cólica a partir del *nomos* de Terpandro, son importantes. Pueden compararse a las que, desde otro punto de vista, ha realizado Koller. Pero incluso los resultados de detalle cuando compara el lenguaje formulario de todas estas obras y atribuye cualquier coincidencia a Orfeo, nos parecen unir un material útil y una interpretación desenfocada. La existencia de un lenguaje formulario común a Hesíodo y los *Himnos*, pero ausente de Homero, por ejemplo, es bien conocida, pero al menos en parte se ha atribuido a una tradición de poesía genealógica.

Otras veces las coincidencias proceden de poesía cultural que no tenemos por qué llamar exactamente órfica. Si reducimos las cosas a sus debidas proporciones, veremos que para fecha antigua no debe trazarse una barrera tajante entre Epica y Lírica: en Homero encontramos a los aedos que normalmente cantan la primera, cantando monodias líricas, así Demódoco para acompañar la danza de los feacios. El género lírico tenía en época homérica, evidentemente, un papel subordinado: el aedo cantaba pequeñas monodias improvisadas, que hemos de imaginarnos a la luz de los proemios posteriores de la lírica y de los mismos *Himnos Homéricos* de extensión reducida. Es cierto que estos proemios himnicos han dejado su huella en Hesíodo y en los *Himnos Homéricos* extensos: en ambos lugares, con claro influjo de la tradición épica, homérica y no homérica. No hay en cambio ninguna probabilidad de que llegaran a escribirse los proemios o himnos de la época preliteraria; cuando se comienza a escribir la Lírica es en

el siglo VII. Hoy se piensa que los poemas homéricos fueron escritos recién inventada la escritura y que por eso se han salvado. Pero no existe, insistimos, ningún paralelismo para la Lírica.

Una Lírica extensa, un paralelo a Homero, es inimaginable para la época preliteraria y más que se haya conservado a través de ella desde la época micénica. Lo que sí habla es lírica oral, improvisada, de la que han quedado huellas en la poesía posterior. El nombre de Orfeo se refiere en parte a ella, en parte a la épica: el término *δοιδός* se aplicaba a los cantores de uno y otro género. Y si hubo un poema sobre los Argonautas, fue evidentemente épico y no pueden pretenderse para él la antigüedad que le asigna Böhme. El mismo reconoce, por otra parte, que la antigua Lírica era hexamétrica, a juzgar por los proemios posteriores; y que era hímnic. En la medida en que era monódica, era una actividad secundaria de los aedos y, con ellos, de gente menos profesionalizada, como los parientes del muerto o los coregos de diversas danzas. En la medida en que era coral (y de esto no habla Böhme), se trataba de clamores rituales y refranes de los coros, a juzgar por Homero y por los testimonios que tenemos. Orfeo no es más que un patrono ideal de la monodia lésbica y, al mismo tiempo, de la épica más antigua: no se hace distinción. Si su figura tiene una base histórica, no es para nosotros precisable.

El estudio de los orígenes de la monodia y de la Lírica en general tiene mucho que esperar de trabajos que, como éste, traten de reconstruirlos a partir de las huellas que han quedado en Hesíodo, los *Himnos Homéricos* y la Lírica a partir del siglo VII. Pero no creo que sea justificable atribuírselo todo a Orfeo en cuanto hay referencias al Hades o a los muertos y en cuanto hay cualquier coincidencia formularia extrahomérica. Ni convertir a éste en una contrafigura de Homero —que puede presentar obras extensas que se han transmitido por escrito desde que los griegos supieron escribir—. Cuando comienza la Literatura griega para nosotros, la Epica está en su culminación y luego decae. La Lírica en cambio comienza, bajo el influjo de la Epica precisamente, a constituirse en propiamente literaria. Sus orígenes son tan antiguos como los de la Epica y vale la pena intentar reconstruirlos: pero son mucho más modestos, y se trata de poesía popular y cultural, no de grandes creaciones de un poeta individual de primera fila. Esto es lo que pensamos, no sin insistir en que en este libro todos los estudiosos de la Lírica griega pueden encontrar útiles materiales y conclusiones parciales del más alto interés.

F. R. ADRADOS

DODDS, E. R.—*The Ancient Concept of Progress and other Essays on Greek Literature and Belief*. Oxford, Clarendon Press, 1973. VIII + 218 pp.

En este libro que acaba de sacar de molde, muy bien editado por la prensa oxoniense, el profesor Dodds recoge algunos trabajos —ocho— publicados durante la corriente de cuarenta años largos, desde 1929 a 1971, más otros dos estudios inéditos.

El primero de ellos, que da título al entero volumen, puntualiza que la idea de progreso no fue completamente extraña a la Antigüedad Clásica, según piensan ciertos señores amigos de las definiciones simplistas y que gustan de vivir



—como nuestro Felipe III— con pocos pensamientos; pero solamente en el siglo v, durante un período limitado, uniéndose entonces expectación de progreso y vivencia del progreso, fue la idea aceptada por un público culto amplio, siéndolo luego casi sólo por espíritus científicos. Los filósofos, en cambio, fueron por lo general, cualquiera que sea la época por la que cortemos el pasado filosófico griego, hostiles a esa idea. Al propio tiempo señala el autor, como una constante de la mente helénica, la tensión vivida entre progreso técnico y retroceso moral. En fin, que los pensativos griegos del progreso son, en definitiva, excepciones encargadas, como siempre, de confirmar la regla en una raza, cuyas veredas mentales van más orientadas hacia el pasado que hacia el futuro. Esta puntualización apunta, como se supone, contra ciertas exageraciones de autores que, por oponerse a quienes niegan a los griegos toda idea de progreso, se alargan tanto en la reacción que incurren en el opuesto extremo: caso, en lo reciente, de I. Edelstein.

Un segundo estudio se ocupa de «Prometeo encadenado», tragedia que Dodds tiene por indudablemente esquilea, para examinar cómo las variaciones en la interpretación de esta pieza, desde muy distintos ángulos, responden a los cambios del gusto y de las opiniones reinantes a través de las edades. Dodds sugiere que los motivos de extrañeza que la crítica ha encontrado en ella se deben a que se trataba de una trilogía y, además, inacabada, porque, en su sentir, el Πυρρῶπος no sería una pieza perdida, sino una pieza nonata: la lección que se desprendía del Ἀσόμενος corregía la que se deducía del «Vinctus»; pero, precisamente por ser esta última más bienquista del optimismo de la época, aquí se debería buscar la causa de la pérdida del Ἀσόμενος.

Tamizoso por todo extremo es el tercer estudio, un manojo de discretísimas observaciones sobre «Moral y política en la Orestea», tomando la política en su acepción más capaz, política en el sentido moral de la palabra, esto es, no pendencias políticas «por causa del Areópago», sino política «por causa de Atenas», sin confundir Atenas con los atenienses de una cierta hora.

Hay un propósito inicial de ironía (distinto del vapuleo de los currinches por un maestro inmisericorde) muy perceptible en las páginas dedicadas a oponer unas cuantas correcciones a ciertos tópicos jubilados y «Malentendidos de 'Edipo Rey'», señalando, una vez más, que no es ésta la pieza de un moralista, ni una «tragedia del destino», ni «puro arte», que son tesis que deberían haber llegado a los últimos confines del desprestigio, pero a las que todavía adhieren algunos helenistas jóvenes o inexpertos (cuyo corazón vale mucho más que su filología): la visión sofoclea de la condición humana es la visión de un héroe, agente subjetivamente inocente de actos objetivamente horribles, que, sin embargo, es grande porque acepta la responsabilidad de todos sus actos.

«Eurípides el irracionalista» es el título de las páginas que surgieron por reacción contra la imagen de un Eurípides racionalista «a lo Verrall» (más como sinónimo de anticlerical que como racionalista a cero grados): entran estas páginas, históricamente, en un viraje de la exégesis de la obra de Eurípides (Reinhardt es su representante más agudo) a partir de su irracionalismo sistemático y explicando, precisamente por éste, su «actualidad» en nuestro tiempo.

Dodds, que antes, en «Los griegos y lo irracional», dio uno de los libros fundamentales sobre el tema, lo concreta, sobre el caso Platón, en el estudio séptimo de la colección. ¿Reconoce Platón la importancia de los factores irracionales como determinantes de la conducta humana? Al particularizar los distintos aspectos

de ese reconocimiento (y no sólo como causas de la infelicidad y mala conducta) señala el autor cómo, en Platón, la fe en la razón humana (heredada del siglo v) se une al reconocimiento amargo de la humana malicia y cómo la primera viene a ser una especie de «compensación» del segundo; al propio tiempo, indica sus relaciones con la religión y apunta posibles influencias orientales. El estudio sobre «Platón y lo irracional», aun para los que no están de acuerdo con su manera de pensar, es, tanto por sus razones como por su independencia expositiva, un modelo.

Siguen sendos estudios sobre Plotino —unas páginas que reclamarían densa atención que, en este lugar, no podemos hacer expresa— y sobre la religión del hombre ordinario en la Grecia clásica entre Homero y Menandro, este último ensayo con un desigüo menos científico. Y el libro acaba con un estudio, el más extenso de la colección, sobre «Fenómenos supranormales en la Antigüedad Clásica», un repertorio erudito de anotaciones y fuentes sobre telepatía y clarividencia, la adivinación y fenómenos mediumísticos, describiendo sus diferencias (condicionadas por la disimilitud de base cultural) con fenómenos similares más modernos, pero también la posible identidad fundamental de la experiencia.

No son los capítulos que componen este libro estudios alineados sistemáticamente, con sutilidad y paciencia ilimitadas, y acompañados de gran mazo de notas. Son, en general, el testimonio de la obra del conferencista o del publicista, labor humilde del gran filólogo y buen pensador que Dodds lleva dentro. Maestro en pericias técnicas, divirtiéndose, otras veces, en materias sutiles y curiosas de rara erudición (pero no lo confundamos con el erudito de temas de erudición insignificantes, que sólo tienen el mérito de ser raros), Dodds no es un filólogo clásico de la clase de los turriebúrneos: ataca, cuando se tercia, temas generales de interés común y lo hace, naturalmente, desde la autoridad de los años y negándose a creer que todo haya sido dicho. Esta labor echada día tras día al tapete del tiempo, desparramada por periódicos filológicos y volúmenes misceláneos, se colige ahora, para comodidad de sus lectores, con algunos retoques del autor, que consisten en la revisión de algunas partes y, especialmente, en notas al pie de página dando fe del encaje de lo nuevo bueno que, sobre tal o cual punto, luego se ha publicado.

Dodds se confirma, en estos estudios, como el buen filólogo y excelente intérprete del pensamiento griego, que la crítica ha reconocido en él desde hace años. Yo tengo a este filólogo en predicamento de uno de los luminares del helenismo británico de nuestro tiempo. En cada uno de los temas por él estudiados aporta de propia minerva mucho nuevo, ventea nuevos rastros y da generosa mies de interpretaciones propias y, hasta cuando se adhiere a pensamientos ajenos, adquiere sobre ellos el derecho de cuño, por su manera tan personal de exponerlos. Los helenistas ingleses tienen excelencia en la digna sencillez de estilo con la que suelen exponer: Dodds, también en esto, da la nota exacta (por la conseguida unidad entre el profundo conocimiento científico de los asuntos y la destreza expositiva) de una buena literatura de alta divulgación, que es cosa muy distinta de la superficialidad, de la sofisticación verbosa y de la prosa desmalazada o cargada de aparatosa balumba libresca, notas negativas que, si no siempre, con máxima frecuencia, suelen darse en bastantes cultivadores del género (donde acuden a llenar sus cubos muchos jovencitos aprendices), que son unos plúmbeos o bien una especie de folletinistas por entregas de la filología.

Estos libros no pueden ser, ni lo pretenden, estudios detenidos o completos; aunque pueden ser libros profundos. Son más bien obra de divulgación, desde una ciencia personal, medio de educación de un público culto que tenga alguna generosa curiosidad y, así considerados, tienen no corto valor por la copia, la variedad y la selección de la lectura. Es, pues, obra a propósito para ser leída por el tipo medio de lector culto deseoso de un discreto y selecto aprovisionamiento intelectual. Pero también creemos que este libro puede interesar vivamente al lector especialista, por la originalidad de muchos juicios y la profundidad de la doctrina acá y allí esparcida, con más alcance del que podrían comprender lectores vulgares o distraídos. Como, además, no es el libro que censuramos obra librificada a la diablo, reuniendo estudios varios sin más unidad que la de autor, sino que, a lo largo de la mayor parte, si no todos los estudios, se aprecia una unidad de ideas y de preocupaciones dominantes, la tarea del reseñista se hace todavía más fácil y más grata: porque hay algunos volúmenes misceláneos que, para reseñarlos, hay que empezar por pedir inspiración al dios de las reseñas críticas, que numen tutelar deben tener, aunque yo ignore cuál sea.

J. S. LASSO DE LA VEGA

LOSADA, L. A.—*The Fifth Column in the Peloponnesian War*. Mnemosyne, Bibliotheca Classica Batava, Suppl. XXI. Leiden, E. J. Brill, 1972. 148 pp.

Este libro, realmente sugestivo, trata de un interesante tema hasta ahora sin razón descuidado de los estudios sobre Historia de Grecia: el condicionamiento y comportamiento de las llamadas «quintas columnas» durante la guerra del Peloponeso.

Ante todo, ¿qué es, o qué se entiende, mejor dicho, por «quinta columna» («fifth column»)?

El término es bastante moderno; se originó durante la guerra civil española. Cuando el general Mola avanzaba con cuatro columnas sobre Madrid, una «quinta columna» de simpatizantes estaba dispuesta a prestarle apoyo desde dentro de la ciudad durante el ataque. Si fue el propio general quien acuñó el término o más bien lord St. Oswald, que a la sazón era reportero en la zona republicana, es cuestión discutida (cf. H. Thomas, *The Spanish Civil War*, Nueva York, 1961, p. 317, n. 5). Pero lo que realmente interesa, es que el término en cuestión alcanzó extraordinaria difusión muy pronto y fue acogido con especial simpatía por los hablantes de lengua inglesa. Así, diccionarios como *The Random House Dictionary of the English Language* (Nueva York, 1966) y el *American English Usage* (Nueva York, 1957) dan cabida a la moderna acuñación en su versión inglesa de «fifth column».

No hubo que esperar mucho para que «fifth column» empezase a figurar en los trabajos publicados por estudiosos de Historia de Grecia. Pensamos concretamente en el libro de F. E. Adcock titulado *The Greek and Macedonian Art of War* (Berkeley, 1957), en el cual (cf. p. 72) podemos leer ya lo que sigue: «There was another side of strategy which finds a place in Greek warfare, and that is the mobilization of what is nowadays called a fifth column».

En realidad, todo hay que decirlo, el fenómeno de las «quintas columnas» y su importancia en la Historia de Grecia eran temas ya señalados con anterioridad a la invención de la moderna nomenclatura. Así, G. M. Calhoun en el libro *Athenian Clubs in Politics and Litigation* (Austin, 1913), 141, expone: «The beginnings of this practice of introducing foreign forces are to be traced far back into legendary times, and examples are numerous in every period of Greek history». Y mucho antes, Eneas Táctico había tratado la cuestión de lo que hoy se denomina «quinta columna».

En suma, «quinta columna» («fifth column») significa todo grupo que, de acuerdo con el enemigo, emprende actividades en su apoyo desde dentro de la ciudad a la que traiciona. Un par de ejemplos, referidos en concreto a la historia de la guerra del Peloponeso, pueden bastar: en Thuc. III 2,3 los *próxenos* de Mitilene envían información a Atenas sobre la revuelta que allí se prepara; en V 76,2 se nos habla de actividades subversivas del grupo pro-espartano en Argos, cuyo propósito era derrocar allí la democracia. En ambos casos estamos ante «quintas columnas».

Pero el mérito del libro que reseñamos no reside en lo novedoso de la expresión «quinta columna», como cabe suponer, sino en el claro y exhaustivo análisis de las causas políticas y procesos de desarrollo del fenómeno llamado «quinta columna». Se estudian sus causas: las limitaciones de la técnica militar, la economía en la gestión de la guerra; se establecen diferencias entre las actividades de las «quintas columnas» y se explican las razones de tales discrepancias. Se aborda el tema de las precauciones específicas tomadas en contra de las susodichas conspiraciones y, finalmente, se expone el papel que desempeñaron en la estrategia y el grado de influencia que ejercieron en el resultado de la guerra. Todo ello, claro está, referido, como indica el título de la obra, al contexto concreto de la guerra del Peloponeso y bien provisto de documentación.

Precisamente, la constante presencia del texto de Tucídides, que el autor ofrece a lo largo del libro, debe de ser considerada uno de los elementos realmente positivos del presente trabajo. Y no sólo esto: ya en el primer capítulo nos encontramos con un pormenorizado análisis de la terminología empleada por el referido historiador para evocar el concepto de «quinta columna». No existe, desde luego, una palabra en griego que represente cabalmente este concepto, pero sí un grupo reducido de términos que el historiador maneja de acuerdo con su conocido rasgo estilístico llamado *metabolé* (*uariatio*). El conocer la terminología empleada por Tucídides para la descripción de «quintas columnas» es fundamental, como cabe imaginar, en un trabajo que pretende estudiar el fenómeno en profundidad.

De esta manera, el autor, apoyándose para ello en el resultado del estudio lingüístico, pasa a examinar la modalidad más frecuente de actuación de la «quinta columna» en la guerra del Peloponeso, a saber, la entrega de ciudades al enemigo mediante traición (gr. *προδοίοναι*, etc.). Del estudio de este tipo de actividad a través del texto de Tucídides, se deduce que fue extraordinariamente frecuente durante la llamada «guerra de los diez años» (15 casos frente a un total de 27), cosa que resulta razonable, si se tiene en cuenta que dicho período destacó por la intensidad de las hostilidades de uno y otro bando y por el hecho de que en él predominaron las campañas terrestres. Una ciudad del continente está siempre más expuesta a este tipo de traición que una ciudad isleña, como el Viejo Oligarca había señalado (Ps. Xen., *Ath. Pol.* 15,2).

Más adelante se tratan las causas de las «quintas columnas». En la mayoría de los casos no aparecen realmente causas aisladas, sino, más bien, conjuntos de factores de índole diversa. Son, por tanto, bastante más complejas de lo que a primera vista pudiera parecer. Junto a la motivación política, aparecen factores sociales, económicos y psicológicos.

Los factores económicos son particularmente importantes: baste a este respecto recordar, que en un conocido pasaje (Thuc. II 70,1 ss.) en que cuenta Tucídides cómo Potidea capituló ante el asedio de los atenienses, se nos informa de que Atenas «llevaba ya gastados dos mil talentos en el cerco de la ciudad» (Thuc. II 70,2). Una ojeada a la suma alcanzada por Atenas en la recaudación de tributos del año 422 a. J. C. (cf. B. D. Merritt-H. T. Wadw-Gery-M. F. McGregor, *The Athenian Tribute Lists*, vol. III, Princeton, 1951, pp. 68-69) será suficiente para hacernos una idea de lo costoso que resultaba el asedio de una ciudad cuando no se contaba con el inestimable apoyo de las «quintas columnas». Y ante casos como éste, uno no puede dejar en el olvido aquellas palabras que pone Tucídides en boca de Arqudamo (Thuc. I 83,2) y a la vez se convierte en motivo recurrente a lo largo de su narración histórica: «una guerra no depende tanto de las armas como de las posibilidades económicas» (cf. A. W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides*, Oxford, 1956, I, p. 248).

Las «quintas columnas» surgen frecuentemente como resultado de una tensión política interna que conduce a la guerra civil entre partidos (*stásis*), situación que aparece especialmente bien descrita en el magistral comentario de Tucídides sobre el caso de Corcira (III 82). Ahora bien, en el fondo de estas *stáseis* descubre Losada factores desencadenantes de matiz social y psicológico. Quienes constituyeron, por ejemplo, en Platea la «quinta columna» que produjo los graves sucesos de la primavera del año 431 a. J. C., no eran tan sólo un grupo de oligarcas animados exclusivamente por intereses políticos. Si hacemos caso a Tucídides —cosa no muy aconsejable—, eran, además, «ciudadanos muy distinguidos por sus riquezas». Y si, por otro lado, el autor de los ocho libros sobre la guerra del Peloponeso, al analizar los conflictos civiles, concede importancia decisiva a la idiosincrasia de la naturaleza humana como causa promotora de los desastres que acontecen y acontecerán en las revoluciones (cf. Thuc. III 82,2), es de esperar, en pura lógica, que haya dado cabida a las motivaciones psicológicas en su exposición de las formaciones de «quintas columnas». Cosa que, en efecto, hace; sobre todo en dos casos: el de la confabulación de los dirigentes del partido democrático de Mégara en el año 424 a. J. C., y en el de la revolución de los Cuatrocientos en Atenas, que tuvo lugar en el verano del 411 a. de J. C.

Las actividades concretas de las «quintas columnas» son también objeto de detallado estudio en el libro que reseñamos: comprenden una amplia gama que va desde facilitar información estratégica al enemigo hasta el derrocamiento, mediante subversión, de los gobiernos establecidos en las ciudades afectadas.

En los dos últimos capítulos el autor aborda el tema de la técnica de las «quintas columnas», primeramente en el plano de la estrategia en general, y a continuación, y concretando, en la estrategia de la guerra del Peloponeso.

El éxito de una «quinta columna», como muy bien se percibe en la obra de Eneas Táctico (ediciones: L. W. Hunter, *Aeneas on Siegecraft*, Oxford, 1927; W. A. Oldfather, *Aeneas Tacticus, Asclepiodotus, Onasander*, Cambridge, Mass., 1917; A. Dain-A.-M. Bon, *Enée le Tacicien, Poliercétique*, Paris, 1967), depende de la oportunidad de la acción, del buen despliegue estratégico de las fuerzas

que en ella intervienen y, por último, de la existencia de seguros medios de comunicación entre los conspiradores y el enemigo que acecha. Así, por ejemplo, las circunstancias de la noche —un peligro del que advierte Tucídides (X 25-26)— fueron aprovechadas por Brasidas y sus contactos en la toma de Torone (Thuc. IV 110-113,2): los hoplitas atenienses estaban durmiendo en el ágora y nada pudieron hacer. También Tucídides recomienda a los defensores de la ciudad mantener en estrecha vigilancia sus puntos más estratégicos, como el ágora; pues, bien, basta recordar que lo primero que hicieron los tebanos, al entrar en Plataea, fue tomar precisamente el ágora (Thuc. II 2,4). Por último el autor del *Polioreético* expone sus prevenciones con respecto a las señales hechas en la noche mediante lámparas o antorchas (X 25-26); y estos recelos resultan bien fundados a la vista de lo ocurrido en la captura de Torone (Thuc. IV 110-112): «unos pocos hombres», que actuaron como «quinta columna», permitieron la entrada de Brasidas y sus contingentes en la ciudad, empleando señales luminosas; de este modo indicaron al enemigo que las puertas estaban ya abiertas.

El libro de Losada es, pues, sumamente interesante no sólo para quienes cultivan el campo de la Historia de Grecia, sino también para el estudioso de Filología griega en general. Por ello es lástima que algunas erratas y confusiones afecten un poco su presentación (cf. por ejemplo, p. 26, líneas 7-8: «As the as the writer...», etc.) Por lo demás, es un trabajo que resulta muy provechoso y de agradable lectura. Nos hallamos, en definitiva, ante un estudio serio y detallado en torno a un fenómeno de capital importancia a lo largo de la guerra del Peloponésico.

A. LÓPEZ EIRE

FORNARA, CHARLES W.—*The Athenian Board of Generals from 501 to 404* (Historia, Einzelschriften, Heft 16). Wiesbaden, F. Steiner Verlag, 1971, XI 84 pp.

La democratización del Estado en Atenas, consecuencia de la reforma de Clístenes, va a arrastrar tras de sí otra reforma de tipo también democrático en el ejército. Esto es lo que va a conseguir la introducción de un sistema electivo en la institución de la *strategia*: diez generales —*strategoi*— elegidos cada uno en su tribu, los cuales representarán un contrapeso al poder del *polemarchos* que, aunque se mantiene, deja de ser el poderoso y único jefe del ejército.

Existe, pues, una novedad en cuanto a la elección de los jefes del ejército, que consistía en el hecho de que los diez comandantes eran elegidos en las tribus, directamente por el *Demos*. Esta medida resultará de gran eficacia, como se desprende de las siguientes palabras del autor: «... the institution of the *strategia* becomes a remarkable and effective measure safeguarding the people —the democracy— from the kind of coup which was the misfortune of the ancient world as it is of the modern» (p. 9).

Sin embargo, el tiempo va a influir sobre esta institución variando sus principios. Y es así que, en una fecha todavía indeterminada, se produjo el cambio. A partir de este momento los *strategoi* no van a ser elegidos por sus tribus, sino que lo harán por la *ecclesia* directamente «thus eliminating the legal obstacle to an efficient *strategia* filled by the best men available» (p. 27).

Este es, pues, el planteamiento sobre el que gira el libro del prof. Charles W. Fornara; y en el que la mayoría de los problemas existentes aparecen resueltos, a lo largo de sus tres primeros capítulos.

El cuarto de ellos lo dedica el autor a ofrecernos una lista de *strategoi* desde los años 499-498 a 405-404 a. C.

Se completa el trabajo con cuatro interesantes apartados de notas, un índice de nombres, además de otro en el que enumera los textos griegos más importantes.

El libro —así lo pensamos— resultará de un gran interés para toda persona que acometa su lectura.

ARCADIO DEL CASTILLO

ANDERSSON T. J.—*Polis and Psyche. A motif in Plato's Republic*. Acta Universitatis Gothoburgensis, Göteborg, 1971 (Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, XXX). 264 pp.

Este estudio está planteado como intento de interpretación intrínseca del texto de la República platónica, en lo que se refiere al paralelismo o relación paradigmática polis/psyche. Ante todo hay que notar y alabar la preocupación del autor por fijarse una metodología rigurosa, minuciosamente explicada en el capítulo inicial. Andersson ha estudiado en primer lugar la frecuencia de las palabras clave polis y psyche en el texto, y ha establecido las correspondientes tablas numéricas de tal frecuencia para los distintos libros. No satisfecho con esta división tradicional en «libros», ha buscado otra división más acorde con el desarrollo temático del discurso. Luego ha señalado el autor aquellos pasajes en que se afirma explícitamente que la sociedad ilustra lo que es el individuo, y los ha distinguido según distintos «modos» —introdutivo, directivo, conclusivo...— en que el tema es presentado. De todo ello ha confeccionado también las correspondientes tablas. A ningún lector de la República se le habrá ocultado que el tema polis/psyche aparece con cierta frecuencia a lo largo de la obra y tiene en ella una función heurística y explicativa singular en determinados pasajes; pero puede quizás sorprender la constatación de que Andersson haya podido encontrar hasta 66 lugares, repartidos por casi todos los libros de la República, en que aquel paralelismo es afirmado y utilizado. Aun descartando algunos de los pasajes recensionados en que el paralelismo aparece sólo vagamente insinuado o más implícito que explícito, no puede negarse que el tema resulta ser uno de los más prominentes en toda la obra. Lo que no resulta tan obvio es el sentido exacto que Platón atribuye a tal paralelismo. Inicialmente parece que se trata de establecer los principios de la ética individual —*dikaiosyne*— a partir de las realidades sociales; pero luego parece que se pasa insensiblemente a la consideración de los principios por los que ha de regirse la sociedad política a partir del examen de los constitutivos de las personas que la forman. Por esto Andersson ha tenido que señalar que el paralelismo polis/psyche no constituye en la República un motivo simple, sino más bien un juego constante de «motivo» y «anti-motivo», por el que la polis se utiliza para ilustrar lo que es el individuo, pero a la vez la constitución del individuo se utiliza para mostrar lo que ha de ser

la polis. Ello debiera llevarnos a la conclusión, que hubiéramos deseado ver más explicitada en el trabajo de Andersson, de que en Platón ética individual y principios socio-políticos están inextricablemente implicados, y que en realidad vale tanto para él el motivo como el antimotivo. Andersson, siguiendo la corriente que parece seguir la investigación platónica más reciente, muestra mayor interés por el pensamiento sociológico que por la preocupación ética de Platón: lo cual puede quedar justificado por el hecho de que en pasado se ha prestado sin duda más atención a la contribución de Platón, a la ética y a la política que a su contribución a la sociología (p. 42). Pero la apreciación del pensamiento de Platón puede quedar empobrecida si no se tienen en cuenta todos sus elementos. A este respecto resulta ilustrativo el problema que se presenta al autor al llegar al examen de los libros centrales o «metafísicos» de la República. El tema de la relación paradigmática entre polis y psyche parece quedar en estos libros un tanto relegado al olvido, y hasta podría decirse que es en ellos irrelevante. Andersson, apoyándose en hipótesis presentadas ya por diversos investigadores desde puntos de vista varios, adopta la opinión de que tales libros son un «interludio» y aun una interpolación posterior a un primitivo texto de la República que habría saltado fluidamente del tema de los elementos constitutivos de la ciudad y del alma del individuo, que termina en el libro IV, al tema de las diversas constituciones (timocracia, oligarquía, democracia, tiranía) y los correspondientes tipos individuales, tal como lo encontramos en el libro VIII. Si se dieron tales vicisitudes redaccionales es cosa que ha de intentar establecer el análisis del texto y que, hasta el momento, no parece haberse dilucidado satisfactoriamente. Pero en todo caso, el texto tal como nos ha llegado incluye esos libros en un lugar central y en forma que induce a creer que el autor se ha empeñado en poner de relieve la importancia de su contenido, como lo muestra la introducción a las comparaciones del sol y de la línea dividida, así como la estupenda elaboración literaria del símil de la caverna. Nos inclinamos a pensar que en el texto actual esos libros, como ha visto toda la tradición, son el punto culminante de la obra, y lejos de constituir un interludio, son más bien la clave que explica el sentido y la razón de ser del paralelismo polis/psyche. Esta clave no es otra que la fundamentación ontológica, o si se quiere metafísica, del principio ético por el que los distintos elementos de que constan tanto la polis como la psyche han de cooperar, bajo la guía de lo poético, a la conformidad de la acción humana con aquella «idea del bien», cuya existencia y naturaleza se intenta mostrar, ya que no explicar, en esos libros. Pensamos que, de haberlo reconocido así, Andersson hubiera podido valorar mucho mejor la carga de intención ético-política que está subyacente en el paralelismo polis/psyche. Al hacer estas observaciones, en manera alguna queremos regatear los excelentes méritos propios de este estudio, que sobresale por su exacto planteo metodológico y por su fidelidad en la interpretación del texto por el texto, y que puede constituir una base firme para ulteriores estudios sobre la ética, la política y la sociología de Platón.

JOSÉ VIVES, S. J.



MOTTE, ANDRÉ.—*Prairies et Jardins de la Grèce Antique*. Bruxelles, Académie Royale de Belgique, 1973. 517 pp.

El tema de las praderas y jardines como inspiradoras de mitos y lugar de práctica de ritos y, también, como sugeridoras de imágenes y símbolos utilizados por la poesía y la filosofía griegas, es estudiado a fondo en este libro. En él se recoge un material importante para diversos aspectos de la religión griega y se ponen en conexión, en forma sistemática, dominios que suelen relacionarse solamente mediante observaciones ocasionales.

Son especialmente importantes, a nuestro entender, los capítulos dedicados al estudio de rituales arcaicos como la recogida de flores y las danzas y banquetes en los jardines, y al estudio de las diosas Artemis, Hera, Demeter y Afrodita en cuanto su culto se relaciona con rituales de estos tipos. Es muy grande el caudal de datos que se recoge en ellos. También los mitos relativos al tema del *hierós gamos* realizado por las diosas o dioses en las praderas, así como al nacimiento en las mismas y a su comunicación con el mundo de los muertos, son estudiados en forma muy completa y sistemática. Tenemos aquí un repertorio verdaderamente importante.

Claro está, siempre se podrán aducir nuevos datos no recogidos en el libro. Por lo que respecta al culto de Afrodita y, concretamente, al ritual de las arreforos, echamos de menos, no tanto la cita de nuestro artículo sobre este tema en *EMERITA* 19, 1951, pp. 117-133, como la referencia al juego de pelota de las arreforos, que a su vez habría atraído la atención del autor sobre otros juegos de pelota en cultos semejantes (cf. por ejemplo, el de Nausicaa, comparada con Artemis, y sus doncellas en *Od.* VI). Pero a su vez de aquí habría que pasar a la intervención de los frutos (y no sólo de las flores) en estos cultos, a los restos de culto al árbol (su relación con las ninfas, el «mayo» en la forma de la *eireione*, la *hopó*, etc.). El tema es inagotable y, evidentemente, había que cortar por algún sitio. Más chocante es el escasísimo papel que juega en el libro el culto de Afrodita en Safo, con sus invocaciones a la diosa en fiestas que precisamente se desarrollaban en los jardines.

La interpretación del material es casi siempre ajustada. Criticaríamos algunos puntos, por ejemplo, no es claro ni mucho menos que la danza de las flores fuera cantada por dos coros (p. 50); y nos parece errónea la interpretación de p. 58 de que el Himno de los Curetes aluda con su *thópe* al acto sexual. La interpretación común es que sólo los saltos de los danzautes, destinados en el origen a estimular el crecimiento de la vegetación, son aludidos. En cambio, la conexión de las partes sexuales femeninas con el *kḗpos* o *λειμών*, no desconocida antes, es ahora precisada mediante abundante material lexicográfico, bien interpretado; y se insiste, con acierto, en la ambigüedad buscada, la ambivalencia, entre el lugar de culto, productor de la vida, y los propios órganos de la generación de las diosas que intervienen en estos cultos.

Muy sugestivos son también los capítulos dedicados al tema del jardín y de la recogida de flores como símbolo de la poesía en determinados pasajes de Píndaro y de la Literatura griega tardía. Símbolos semejantes procedentes del culto de divinidades como las Musas, se encuentran también en la Filosofía, sobre todo en Platón. En realidad, el poeta, inspirado por las Musas, está relacionado desde el principio con cultos de este tipo, testigos los pasajes sobre la consagración poética de Hesíodo y Arquíloco; es lástima que el libro trate muy secundariamente

a las divinidades menores, para dedicarse sobre todo a las grandes diosas. En cuanto a la Filosofía, desde el libro de Boyaucé sabíamos que se organizó, a partir de Platón, sobre el modelo de un *tiesto* dedicado, en este caso, al culto de las Musas. La utilización del tema de la pradera o jardín espiritual, transposición del jardín del filósofo, derivado de ahí, está muy bien estudiada por nuestro autor.

Otro tema importante en el libro es el de las praderas de los bienaventurados en el *IIades*, en los mitos escatológicos de Píndaro y Platón y en las *Ranas* de Aristófanes. Este tema ha tenido la trascendencia que se sabe en Dante y los místicos, así como el simbolismo de los filósofos también ha dejado una importante herencia. Es de agradecer, por ello, que se establezca ahora su conexión con el tema antiguo de las praderas como punto de confluencia de la vida y de la muerte, a través de mitos y ritos de una serie de divinidades que conservan rasgos claros de la identidad de lo vegetal, animal y humano en el pensamiento religioso arcaico. En suma, el libro es importante tanto para el estudioso de los aspectos más arcaicos de la antigua religión griega, como para el que busque el origen de temas de la poesía, filosofía y aun religión griegas que han tenido gran repercusión en las ideas de la posteridad.

FRANCISCO R. ADRADOS

GRILLO, ANTONINO.—*Poetica e critica letteraria nella Bucoliche di Virgilio*. Napoli, Libreria Scientifica Editrice, 1971. 137 pp.

La presente monografía busca lo que en las *Eglogas* puede ser alusión literaria contemporánea y lo que hay en ellas de doctrina estética. Las leyes del género, que desde su fundación por Teócrito encubren con *fermosa cobertura* lo que roza con la actualidad y la realidad y lo que es por naturaleza prosaico, hacen la empresa siempre difícil.

El intento de A. G. consiste en situar al joven Virgilio en su mundo, en los años de crisis en que está trágicamente abierta la lucha por el poder en Roma y en que acerca del juicio de los modelos literarios griegos domina, gracias sobre todo a los escritos de Cicerón, la estética, basada en el *πρῆπον*, del filósofo Posidonio. Sobre este fondo sitúa nuestro estudioso las églogas e intenta descubrir en ellas todas las posibles alusiones a la doctrina literaria que guiaba a su autor.

El viejo problema de la autenticidad e interpretación del *Virgilio minore*, es decir, del aprendiz que se mueve todavía en la órbita de los *poetae novi*, es resuelto en este libro en el sentido de separar ya del todo a las *Bucólicas* de aquellos intentos preparatorios, poniéndolas en la línea del clasicismo. Ya el adjetivo *tenuis* que suena al comienzo de la colección aplicado al pastoral caramillo es interpretado dentro de la doctrina de los géneros retóricos. La interpretación de textos tan conocidos y trabajados es a veces algo forzada, por ejemplo al explicar el *dignata est Musa* poniendo en relación el participio con la etimología *dignus* < *deceit*, es decir, con el *πρῆπον*, aunque no sabemos hasta qué punto tal etimología era obvia para los hablantes del latín.

Por otra parte, busca G. los elementos que en la colección de las églogas se salen del mundo y el estilo puramente bucólico. Las *recusationes* que hallamos (p. 38), en las que el poeta se niega a cantar épicamente las hazañas de sus ami-

gos y protectores, los proemios y los epílogos, le permiten descubrir en sus análisis las ideas literarias que guían al poeta en su afán innovador. En los versos finales de la colección ve G. una armónica despedida, en la que el poeta expresa su satisfacción por la simetría y orden que ha impuesto a la obra total, en clara superación de la asimetría con que componían los alejandrinos y los *poetae novi*.

En la comparación con algunas imitaciones teocríticas y en la estimación de lo que Virgilio dice sobre Cornelio Galo tenemos la delimitación, según nuestro estudioso, de las posibilidades del género. Precisamente en relación con Galo toca G. el tema del límite entre elegía y égloga y sostiene, dudamos que de manera probante, la relación con Galo de la bucólica VI.

Otras figuras busca G. en las églogas: Menalcas podría ser Asinio Polión, aunque el mismo G. lo encuentra difícil de probar; junto a Ciuna intenta G. buscar las características literarias también neotéricas de Varro.

En las páginas finales comenta G. la preocupación virgiliana por la nobleza del género, la cual debió ya pesar sobre Teócrito, si procede de él la mezcla que hallamos en la colección de sus poemas.

A. TOVAR

CAIRNS, FRANCIS.—*Generic Composition in Greek and Roman Poetry*. Edinburgo, University Press, 1972. 331 pp.

El libro no trata de ser exhaustivo sobre su tema, sino más bien programático. Con razón atribuye su autor (p. 32) la escasez de estudios «genéricos» sobre la poesía antigua al dominio que, pese a todo, continúan ejerciendo las ideas «románticas» relativas a la poesía. «La poesía, según ellas —dice—, debería ser el bello y simple producto de escritores individuales de profundo sentimiento». Y sin embargo, cuando se llega a la conclusión de que en buena medida la poesía antigua sigue esquemas genéricos, que el autor individual, ciertamente, modifica, no sólo se comprende mejor la poesía antigua en general, sino que se puede evaluar con muchísima mayor precisión la originalidad de los distintos poetas.

Nuestro autor da unos ejemplos de cómo puede llevarse a cabo una empresa de este género. Aunque también se ocupa de géneros como el *diegetikón* y el encomio, su atención está dedicada fundamentalmente a estos cuatro: el *prosphontikón* (bienvenida al que llega), el *epibateriôn* (palabras de alegría del que llega), el *propemptikón* (despedida dirigida al que parte) y el *syntaktikón* (despedida del que parte). Lo curioso es que estos géneros no fueron desconocidos por los antiguos (en realidad, Cairns se apoya para identificarlos y nombrarlos en el retor Menandro) y, sin embargo, los modernos tienden a prescindir de tomar en cuenta este punto de vista, como del punto de vista genérico en general, para interpretar la poesía antigua. Hay que hacer, ciertamente, excepciones, como el libro de Copley *Exclusus amator* sobre el *paraclausithyron*.

Sobre la base de ejemplos griegos y latinos, pero sobre todo latinos y, dentro de ellos, tomados predominantemente de la elegía, Cairns da ejemplos precisos de los cuatro géneros, describe sus *topoi* y sus fórmulas características y apunta los tipos generales de variación de los mismos introducidos por los poetas. Uno es el de la *ivve* sión: Arquíloco e Hiponante escriben *propemptiká* en que desean

el naufragio a aquel a quien despiden; Juvenal 3 es un *syntaktikón* en que Umbricio ataca a Roma, en vez de elogiarla. Otro es el de la reacción: el *Polifemo* de Teócrito es un *como* de enamorado que acaba no desesperándose ante el desdén de su amada, sino diciendo que ya encontrará otra mejor. Hay sobre todo la inclusión: un poema puede combinar material de dos géneros. Así en *Amores* II 11, un *propemptikón*, Ovidio incluye un *prosphonetikón* relativo al añorado retorno de la amada que ahora se marcha. Pero también puede haber una inclusión del mismo género. Muy utilizada es también la variación del hablante. Horacio adopta el papel del orador público en su *prosphonetikón* a César (*Odas* III 14), Propertio el de augur en un *propemptikón* (III 4); o puede haber un sustituto, hombre o dios, de aquel que es el real sujeto de la despedida, etc.

El libro tiene mucho interés, no sólo desde los puntos de vista que se propone el autor, sino también desde otros. Por ejemplo, desde el de probar una vez más la continuidad de la poesía griega y la poesía latina o ciertos tipos de ésta al menos: desde un cierto punto de vista, son una misma literatura. Otro punto de vista, relacionable con el anterior, es el tradicionalismo de estas literaturas. Los principios estructurales de los géneros son constantes desde Arquíloco a Horacio y constantes son también los recursos para introducir novedad y originalidad en ellos, al menos hablando en términos generales. Es seguro que estas afirmaciones podrían mantenerse si se introdujera el estudio de otros géneros o se ampliara el número de autores tenidos en cuenta. Tiene también mucho interés el ver que estos géneros han dejado huella no sólo en la Lírica, sino también en el Teatro y la Épica, sin duda por razones diferentes.

La ampliación debería afectar sobre todo a la Literatura griega, de la que procede una parte mínima de la ejemplificación; y aun esta parte es casi toda tardía, de Teócrito y los Bucólicos en general. Pero habría, sobre todo, que ir más lejos hasta penetrar en el origen de los géneros en la Lírica preliteraria. Un solo ejemplo de Cairns y es sugestivo: la Canción de la Golondrina, el canto popular rodio, tiene la forma exacta de un *prosphonetikón* con su fórmula inicial «llegó, llegó la golondrina». Pues bien, hemos tratado de hacer ver en esta misma revista (42, 1974, pp. 47-68) que dicha canción hereda un antiguo ritual, el de la acogida al dios-golondrina que llega en primavera y que entabla una relación erótica con una mujer del país.

El tema del *prosphonetikón* y el del *paraclausithyron* están, pues, aquí presentes. Continuando, habría que estudiar los orígenes de los diversos tipos de canciones eróticas, sobre cuya existencia preliteraria hay datos. El reducirlas todas al género *como* nos parece simplificación excesiva. Por otra parte, las maldiciones de un Arquíloco y un Hiponacte son sin duda un género tradicional, no una mera variante literaria; y muchos de los poemas en que habla un dios, también. Hay que reconstruir, pensamos, un estado inicial más complejo que uno que reprodujera la mera coexistencia de los esquemas simples presentados por el profesor Cairns. O sea, incluso una serie de posibilidades de variación y combinación de géneros, son antiguas.

Estas sugerencias no empañan para nada los méritos del libro, que son grandes. Hemos dicho que, aparte de las cosas que aporta, que son valiosas, es apreciable como programa de trabajo. Aquí no hemos hecho más que sugerir algunas ampliaciones de ese programa.

FRANCISCO R. ADRADOS

STURM, FRITZ.—«*Stipulatio Aquiliana*». *Textgestalt und Tragweite der Aquilianischen Ausgleichquittung im Klassischen Römischen Recht*. Heft 59 de los «Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte». München, Beck, 1972. XI + 399 pp.

Sobre un tema sugerido por su maestro Meylan, el autor presentó esta tesis doctoral en Munich hace ya diez años; la publica ahora tras nueva revisión.

Desde hace más de medio siglo —sobre todo desde las monografías de Wlasak y De Ruggiero, de 1921— la romanística se ha ocupado reiteradamente de esta fórmula de cancelación de obligaciones u otro tipo de relaciones pendientes que podían concretarse en una condena estimatoria, mediante la subsiguiente aceptación. El inventor de este complejo acto fue el gran jurista Aquilio Galo, amigo de Cicerón. La fórmula de la estipulación aquiliana se nos conserva, en términos casi idénticos, en un fragmento de Florentino (*Dig.* XLVI 4,18,1) y en las Instituciones de Justiniano (III 29,2). En ella pueden distinguirse claramente tres partes, a cuyo análisis y alcance dedica el autor tres respectivos capítulos. La acumulación y redundancia que puede observarse —la parte II parece hacer innecesarias la I y la III— se explicaría, según el autor, por el afán cautelador de abarcar absolutamente todas las deudas posibles y favorecer en las partes la convicción de que quedaba eliminada toda posible forma de reclamación; a ese mismo afán obedecería el uso de formas tautológicas como *actio petitio persecutio* (contra los que pretender ver sentidos técnicos diferenciados en estos términos) o como *habes tenes possides*.

Al centrar su estudio en el derecho de época clásica, el autor ha prescindido de la interesante derivación de la estipulación aquiliana en el derecho tardío y hasta en el medieval, cuando se convierte en una simple cláusula de estilo para reforzar acuerdos documentados de todo tipo, incluso extraños al campo de las obligaciones, y no sin cierta confusión con el *duplum* por litiscrescencia que era propio de la acción de la ley «Aquiliana». Pero esta derivación post-clásica ayuda a entender ciertos aspectos todavía clásicos que podrían parecer inexplicables. En efecto, me parece lo más natural que, ya en época clásica, esta cláusula estipulatoria, con su subsiguiente aceptación cancelatoria, apareciera habitualmente en los documentos de transacción. En esa relación concreta es explicable que la Jurisprudencia romana entendiera reducido el efecto de la cancelación, a pesar de la forma amplia y «totalitaria» de la estipulación novatoria, a la acción realmente transigida. No otra cosa nos dice el rescripto de Alejandro Severo, a finales de la época clásica, de Cód. Just. 2,4,3, que se refiere expresamente a un acto de transacción que debemos suponer documentado, como era la práctica general: *transactio et Aquiliana stipulatio interposita est*. Como se trataba de una acción de buena fe —y yo pensaría, mejor que en la *actio negotiorum gestorum* (naturalmente con la fórmula *in ius concepta*), en la *actio tutelae* eliminada por los compiladores como tantas veces que de la *tutela mulieris* se trata—, es explicable que en el rescripto se declare la necesidad de interpretar el negocio conforme a los criterios de la buena fe. En mi opinión, eso mismo es lo que decía Papiniano en el fragmento *Dig.* II 16,5, escrito tan sólo unos pocos años antes que el rescripto. Que Papiniano deba de referirse a una transacción parece evidente por la palabra *lites* que se conserva en el texto resumido del Digesto; el *cogitatum est* que leemos en este resumen debe de haber sustituido a una referencia a la declaración expresa del documento: sólo vale la cancelación para las

acciones expresamente transigidas. Si no fuera así, y los demás clásicos hubieran admitido sin más que el alcance de la *stipulatio Aquiliana* debía reducirse a la voluntad de las partes, es decir, a la voluntad tácita del promitente, habría que dar la razón a Étienne Pasquier (cuyo texto reproduce el autor en un apéndice) cuando, en el siglo XVI, afirmaba que no valía la tan comentada estipulación mucho más que un simple pacto.

En realidad, si el autor no se decide a defender lo que generalmente se admite que fue el rigor clásico de ese acto, ello se debe a que parece inclinarse a favor de aquellos que creen posible que la exigencia del *animus nouandi* se diera ya en época clásica, lo que, francamente, considero un exceso anticrítico; porque una cosa es que los efectos de un acto estrictamente formal como es la estipulación puedan quedar delimitados por el contexto también formal del documento en que aquélla se inserta y otra muy distinta que ya en época clásica se haya prescindido del rigor formal de tal acto.

La monografía de Sturm constituye una aportación importante que no se podrá olvidar para futuros estudios sobre el tema.

A. D'ORS

LOOMIS, JULIA W.—*Studies in Catullan Verse. An Analysis of Word Types and Patterns in the Polymetra*. Leyden, E. J. Brill, 1972. 166 pp.

La presente obra suscita un interés considerable tanto en el estudioso de Catulo, como en el metricólogo.

Con el término *polymetra* se designan aquí todos los versos catulianos a excepción del hexámetro y del pentámetro dactílicos. Se estudian, por tanto, en el libro, y por este orden, los endecasílabos sáfico y falecio, el gliconio y el ferecracio, el trímetro yámbico, el coliambo y el galiambo; más brevemente en un apéndice, el septenario yámbico y el asclepiadeo mayor.

Objetivo central del presente estudio es la palabra como elemento crucial en la versificación y en la poesía. Se propone su autora ilustrar la validez de describir los metros cuantitativos griegos y latinos en términos de «colometría semántica», evitando la terminología tradicional, de pies, metros, etc., y mostrar cómo las estructuras colométricas griegas fueron asimiladas y desarrolladas en los *polymetra* de Catulo.

Al estudiar los versos se prescinde, pues, de toda concepción genética o derivacionista de los esquemas cuantitativos y se sigue un método puramente descriptivo a base de distintos tipos de arsis entre unas tesis fijas (los términos arsis y tesis son empleados en sentido griego), prescindiendo de las unidades pie-metro y reconociendo las palabras como unidad fundamental de un verso, en la idea de que así la función semántica de éstas puede ser analizada en relación a su organización estructural dentro del esquema métrico.

En cada uno de los versos estudiados se atiende a aspectos como regularidad de las cesuras, lugares de fin de palabra más frecuentes, número de monosílabos, bisílabos, trisílabos, etc., así como su frecuencia en cada uno de los lugares del verso. Se estudia la incidencia de acentos de palabra en determinadas sílabas, las distintas realizaciones del verso según el número de palabras y según las diversas combinaciones con un mismo número de palabras. No se limita el estudio de las palabras exclusivamente a su aspecto fónico; aunque muy brevemente,

se hacen algunas consideraciones sobre el léxico, fundamentalmente en lo que se refiere a frecuencia en ciertos lugares del verso de determinadas palabras consideradas clave en cada composición.

Todas estas cuestiones son tratadas comparativamente, relacionando los datos de Catulo con los que se pueden obtener, por un lado, en versificadores griegos y, por otro, en versificadores latinos anteriores, coetáneos y posteriores a él.

Por lo general, los distintos puntos no se estudian exhaustivamente, sino que se procede a base de calas; por ejemplo, en cuestiones de tipología verbal no se hace recuento de todas las posibilidades de combinación de palabras dentro de cada verso, sino que se centra la atención exclusivamente en las más frecuentes.

Propósito expreso de la autora es limitarse a la mera constatación de los hechos, sin tratar de buscar por encima de todo el por qué de ellos. No obstante, sobre la base de todos estos datos, se va concretando, por una parte, la filiación griega de muchas de las estructuras colométricas de los *polymetra* catullianos, a la vez que especificando los puntos de divergencia respecto a sus modelos helénicos y a los de sus colegas latinos. Por otra, se llega a la conclusión de que Catulo es consciente de la importancia funcional de la palabra en el verso, importancia que no se centra en la colocación simétrica de un sustantivo y un modificador, o de un verbo y su sujeto, por ejemplo, sino en la repetición de la misma palabra en una misma posición a lo largo de uno o varios poemas. Y no sólo es evidente el interés de Catulo por la palabra considerada individualmente, sino que parece interesarse por determinadas combinaciones de ciertos tipos de palabra en algunos lugares del verso.

Como decíamos más arriba, en nuestra opinión, la obra ofrece un gran interés en dos sentidos: desde un punto de vista métrico, por abordar de nuevo el tema de la importancia creciente de la palabra como unidad formal o fónica en la versificación latina; desde un punto de vista literario, por tratar de acercarse a la producción de un versificador por el camino de la tipología verbal, con el propósito de aportar con este procedimiento nueva luz a cuestiones como la relación con otros poetas anteriores, coetáneos o posteriores. Aunque en muchos aspectos el estudio no sea exhaustivo, el libro no deja de dar constancia de la efectividad de intentos de este tipo.

A nuestro modo de ver, cabría hacer algunas observaciones, dirigidas fundamentalmente a cuestiones metodológicas y de principios. En primer lugar, parece condicionarse la posibilidad de una función rítmica del acento a su naturaleza intensiva, siendo en principio igualmente posible la intervención de un acento musical en el ritmo. Por otra parte, para valorar la frecuencia de ciertas combinaciones de palabras (bislabos, trislabos, etc.) en el sentido de establecer diferencias o semejanzas entre distintos versificadores, lenguas o épocas, nos parece necesario comprobar, aunque sólo sea de forma aproximada, la probabilidad de dichas combinaciones, pues sin atender a la probabilidad de cada una es muy arriesgado valorar la frecuencia con que aparece en los textos analizados. Por último, no consideramos necesario (¿es posible?) para un estudio de tipología verbal prescindir de las unidades pie o metro en el esquema cuantitativo; echamos, por tanto, de menos en el planteamiento y desarrollo de la obra una distinción clara entre la cantidad (cantidad silábica, pies, metros, etc.) como elemento básico, pertinente, del ritmo latino y la palabra como posible elemento redundante.

J. LUQUE MORENO

GNILKA, CII.—*Actas Spiritalis. Die Überwindung der natürlichen Altersstufen als Ideal frühchristlichen Lebens*. Theophaneia Band 24. Bonn, 1972. 271 pp.

El presente estudio aceptado como tesis doctoral por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn trata del ideal *puer-senex* o superación de la diferencia biológica de las edades en la antigüedad y el cristianismo primitivo, recogiendo y valorando los testimonios literarios que poseemos, en especial los escritos de los Padres. Tras una delimitación del tema, pasa a discutir la tesis expuesta por E. R. Curtius en *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*, Berna, 1954<sup>2</sup>, de que la superación de la edad solamente se convierte en ideal en la antigüedad tardía, analizando el influjo de la filosofía helenística en la concreción del mismo. A continuación estudia las bases del ideal cristiano a través de la exégesis alegórica de la Biblia, el principio de la igualdad de las edades ante Dios, el movimiento ascético y la esperanza en el más allá. Siguen algunas observaciones sobre las consecuencias prácticas de esta mentalidad, visibles especialmente en la pedagogía del cristianismo primitivo (envejecimiento pedagógico), en la esfera del derecho canónico (discusión sobre la minoría de edad para cargos y órdenes eclesiásticas) y por fin su repercusión en la regla monástica de San Benito con la proyección incluso en la época medieval. Termina con dos *excursus*, uno sobre los modelos (τύποι, παραδείγματα) bíblicos del *puer-senex* y otro sobre la renovación y el rejuvenecimiento.

El trabajo no sólo da la impresión de monografía casi exhaustiva en la recopilación de pasajes referentes al tema, sino también de una asimilación y valoración madura de los mismos. No sigue a Curtius en su tesis de que el ideal de anticipar las virtudes del viejo en el joven sólo se haya dado en la antigüedad tardía, pero admite que en esa época se difunde mucho más. Esta difusión no se puede explicar sólo como «proyección del subconsciente» (Curtius), ni sólo como tópico literario. Las bases para esta enorme difusión en la antigüedad tardía las había echado ya la filosofía helenística, en particular la Estoa, al atraer la atención de la gente sobre la paradoja del *puer-senex* o *puella anilis*; asimismo al desinteresarse por el tema del tiempo cronológico hace que irrumpa la temática de la trascendencia de las edades; en efecto la Estoa no hacía depender la *eudaimonia* y la perfección del tiempo vital sino que para ella se podía dar el niño prematuramente maduro. Este motivo se propaga en determinadas esferas literarias como los discursos fúnebres y los panegíricos de los emperadores, llegando a convertirse en un cliché laudatorio.

En el cristianismo la expansión de este ideal recibe nuevos impulsos a partir de pasajes bíblicos, como Sabiduría 4,8 ss., que formulan este mismo contenido y sobre todo a partir de la exégesis alegórica a través de Nílon. Unido a esto, el principio cristiano de la igualdad de todos los hombres ante Dios permitió presentar las diferencias de edad tan carentes de interés como las diferencias de sexo o de clase social; esta perspectiva se ve fortalecida además por la esperanza del más allá, es decir, la convicción de que las diversas edades no son queridas por Dios y desaparecerán con la resurrección. La devaluación del tiempo unida al ideal de la trascendencia de las edades influyó decisivamente en la postura de los Padres con relación a una serie de problemas de la vida práctica.

Guilka, frente a los trabajos como el citado de Curtius o el de W. Hartke (*Römische Kinderkaiser*, Berlín, 1951), responde afirmativamente a la pregunta de si se puede llamar cristiano este ideal de trascendencia de las edades bioló-



gicas. Pero precisa que no ha de entenderse en este contexto como autitético a «pagano» o «no cristiano», sino que se puede llamar cristiano en cuanto que son pensamientos que el cristianismo se apropió y desarrolló de una forma particular. El ideal del *puer-senex* es cristiano no en el sentido de la originalidad sino en el sentido de la «intensidad» de la recepción y transmisión del mismo. Matices específicamente cristianos reviste este ideal en cuanto que la fe es alabada como constitutivo de la *senectus spiritalis* y la realización total del mismo sólo se esperaba en la vida futura. Al problema de la relación entre el topos literario y el ideal vital del *puer-senex*, Guilka responde que «das Transzendensideal... als Ganzes genommen eine lebendige Grösse der altchristlichen Geistesgeschichte darstellt» (p. 213). No es sólo un lugar común de la retórica o de la filosofía popular helenística sino también un lugar común exegetico, un topos bíblico difundido en toda la antigüedad cristiana. La continuidad con la antigüedad clásica es más fuerte en el topos formal que en el contenido histórico-espiritual. El primer *excursus* presenta una serie de ejemplos bíblicos de este ideal (18 personajes) a los que recurren los Padres para ilustrar la trascendencia de las edades: entre ellos Abel, José, Moisés, Daniel... y en el Nuevo Testamento Jesucristo entre los doctores y el joven rico. A ejemplo de ellos y apoyándose en que la Iglesia predicaba a sus adeptos que tenían que conseguir una perfección igual en todas las etapas de la vida, se pedía al niño que se comportase en ciertos aspectos como un hombre maduro e incluso como un anciano y, a la inversa, se esperaba del viejo una conversión interior a la infancia. El segundo *excursus* trata el problema de la renovación y rejuvenecimiento en relación con el tema fundamental del libro: el de la trascendencia de las edades. Esta segunda constelación de representaciones en torno al rejuvenecimiento hace referencia a la «juventud» del cristiano y su contrafigura, la «vejez» del increyente y del pecador, es decir, del hombre viejo. Las dos temáticas son claramente diferentes: en la del rejuvenecimiento, la juventud es siempre lo bueno y la vejez lo malo; mientras que en la de la trascendencia de las edades biológicas más bien domina la relación inversa.

Todo estudio monográfico está abocado a delimitar bien el tema si no quiere perder consistencia y lucidez. Con todo, uno echa de menos entre los antecedentes precristianos de este ideal alguna consideración sobre las religiones de los misterios. Aunque están más cerca del problema del rejuvenecimiento tratado en el *excursus* segundo, no cabe duda que el *in aeternum renatus* de la iniciación mística tiene que ver con la superación de la edad, por más que las exigencias éticas no sean la meta de la iniciación. Guilka alude sólo de pasada en la p. 250 al bautismo como renacimiento, pero creo que buena parte de las interpretaciones sacramentales de los Padres están vinculadas a esta idea, de modo que el tema no sólo tendría las consecuencias prácticas a las que se alude en las pp. 163 ss., sino también consecuencias teológicas de importancia. Dentro del movimiento ascético (pp. 135 ss.) se alude a la ascesis como medio de superar la edad natural, pero nada se dice de la *apotaxis* o profesión monacal descrita a veces como muerte simbólica y renacimiento a una nueva vida con repercusión en el ideal de trascendencia de la edad biológica. Pero esto no resta validez a la importante contribución que significa la monografía de Guilka para el estudio del encuentro entre el helenismo y el cristianismo. Está además dentro de la línea que hoy esperamos de este tipo de estudios: frente a la presentación de motivos paralelos que predominó hasta principios del siglo XX, Guilka sabe valorar también las diferencias, rastrear las raíces y los presupuestos de esta concepción de la *Aetas spiri-*

*talis* y evitar en cualquier caso toda conclusión polémica o excesivamente precipitada acerca del influjo de los autores profanos sobre los cristianos y viceversa.

N. FERNÁNDEZ MARCOS

MICHENAUD, G.-DIERKENS, J.—*Les rêves dans les «Discours Sacrés» d'Aelius Aristide. Essai d'analyse psychologique.* Éditions Universitaires de Mons. Série Sciences Humaines. Vol. II. Mons, 1972. 128 pp. + 18 ilustraciones.

El libro que presentamos es el resultado de la labor minuciosa y paciente de un profesor francés de Enseñanza Media, el Dr. G. Michenaud. Muerto en 1961, había dejado casi a punto, en manuscrito, un comentario psicológico a los *Discursos Sagrados* de Elio Aristides junto con una nueva traducción de ellos. Tras su muerte, y por el interés de la obra en sí, R. Crahay y J. Dierkens han asumido la labor de puesta a punto y publicación del trabajo de Michenaud. En la edición que reseñamos no está incluida la versión de los *Discursos* sino tan sólo el comentario psicológico de Michenaud enriquecido por un estudio médico-quirúrgico y psicopatológico de los Drs. J. Dierkens y R. Leclercq.

En la obra de Elio Aristides, los seis *Discursos Sagrados* forman un grupo particular y constituyen un documento autobiográfico íntimo e importante. Se trata de la historia de una larga enfermedad en el curso de la cual el retor se somete a las instrucciones curativas que le comunica Asclepios. Hasta el trabajo de Michenaud-Dierkens no habían sido objeto los *Discursos* de un estudio psicológico particular y minucioso. El texto de Aristides había sido ciertamente utilizado por los historiadores de Asclepios o por autores interesados en ciertos aspectos de la medicina antigua. Tampoco faltaban ciertos trabajos como los de K. A. König, F. G. Welcker, R. Herzog, C. A. de Leeuw y C. A. Belir que emitían un juicio psicológico, pero más bien de pasada. Precisamente el deseo de los autores ha sido el rellenar este hueco, en un trabajo en el que se dan cita la obra de un filólogo concienzudo y el concurso de otras disciplinas como la medicina y la psiquiatría.

El libro comienza con unas páginas de orientación para situar al lector en el país, época, medio social, obra y personalidad literaria de Elio Aristides. Sigue luego una bibliografía bastante completa de estudios sobre la psicología de Aristides y cuestiones conexas.

En un primer capítulo, G. Michenaud emprende la crítica histórica del testimonio de Aristides. Del entramado narcisista y repleto del gusto por lo maravilloso, que constituyen los *Discursos Sagrados* de Aristides, se esfuerza Michenaud por sacar en limpio los hechos auténticos y obtener de este modo un cuadro de los síntomas objetivos y subjetivos de la enfermedad (comienzo, evolución, remedios empleados...) así como de la intervención del dios. G. Michenaud concluye que los ensueños son auténticos y verdaderos, no una pura ficción literaria. Constituyen como el espejo de un síndrome psicósomático digno de un estudio más profundo.

En el segundo capítulo G. Michenaud trata de profundizar en este síndrome. El autor no pretende hacer un psicoanálisis completo de Elio Aristides sino sola-

mente reunir ordenadamente los materiales deducibles de los *Discursos*, analizar su sentido y alcance y apuntar una interpretación coherente. Con ello intenta dibujar el perfil psicopatológico del retor. Michenaud estudia para ello la influencia en Aristides de los estímulos cenestésicos, de los fenómenos sensoriales y telepáticos. Otro sistema de aproximación a su psicología lo constituyen el análisis de la potencia creativa literaria de los ensueños y de las asociaciones de palabras e imágenes que pueden provocarlos. ~

Con este material de base construye J. Dierkens el capítulo III, el análisis psicopatológico propiamente tal de Elio Aristides. Es interesante y completo el estudio del tan traído y llevado «narcisismo» de Aristides. Dierkens lo analiza sistemática y exhaustivamente, ofreciendo al lector el aspecto profesional, social, religioso y egocéntrico del retor a través de una acumulación ordenada de textos. Aunque el sistema es árido y quizás monótono ofrece las mayores garantías científicas de objetividad y probidad.

En una segunda fase del mismo capítulo estudia Dierkens el origen de esa compensación narcisista y exhibicionista de Elio Aristides a la par que analiza otros mecanismos de defensa psicológica que el retor utiliza. Tales son la necesidad de un control de los instintos, la sublimación y el desplazamiento de ellos, el mantenimiento masoquista de la enfermedad a pesar de su deseo de curación, el refugio en una atmósfera regresiva maternal. Dierkens llega a la conclusión que un sentimiento constante de inferioridad física ha conducido a Aristides a no permitirse ninguna satisfacción concreta y a buscar toda su alegría en un plano no material, en una retórica libre de toda responsabilidad social. Como hipótesis, opina Dierkens, habría que buscar el origen de esta inferioridad en el deseo —y temor— de un contacto homosexual.

Tras la descripción de la dinámica psíquica propone J. Dierkens un diagnóstico médico-psicológico de la personalidad de Elio Aristides. La descripción se divide en dos momentos: *a*) diagnóstico médico-quirúrgico (hecho por el Dr. R. Leclerc); y *b*) diagnóstico psicopatológico, calificando en conjunto al retor como un neurasténico hipocondriaco, al menos en algunos momentos cruciales de su vida.

Las conclusiones y notas de los autores de este libro nos ayudan, y mucho, para comprender en plenitud un sinnúmero de pasajes, no sólo de los *Discursos*, sino de la obra completa de Aristides. Sirven para interpretar profundamente o al menos caer en la cuenta del alcance psicológico de una buena cantidad de pasajes que en una lectura rápida pueden pasar desapercibidos.

En resumen, un libro interesante en el que se pone de manifiesto la utilidad de un intercambio entre disciplinas que normalmente permanecen alejadas. Es una lástima —y eso lo reconoce el mismo Dierkens— que el análisis minucioso que representa este libro se ciña exclusivamente a los *Discursos Sagrados* y no al conjunto de los datos ofrecidos por la obra completa de Elio Aristides.

A. PIÑERO-SÁENZ

WITKE, CH.—*Numen literarum. The old and new in latin poetry from Constantine to Gregory the Great*. *Mittelateinische Studien und Texte*, Bd. V. Leiden und Köln, E. J. Brill, 1971. 237 pp.

Como indica el subtítulo de la obra, estamos ante un intento de análisis literario de la poesía latino-cristiana en alguna de sus manifestaciones, dentro de un periodo determinado. Para ello toma como punto de partida el contraste y la fusión de lo antiguo y lo nuevo: se propone discernir la influencia ejercida por la literatura pagana en la formación de los autores cristianos, estudiando, al mismo tiempo, la modificación que las formas y tópicos tradicionales sufren ante el nuevo enfoque dado a la literatura por nuestros autores.

Divide el trabajo en cuatro capítulos: en el primero centra su atención en la distinta postura adoptada ante la literatura por Ausonio y Paulino de Nola en sus cartas. Mientras Ausonio sigue enfrentándose al problema literario con una visión tradicional que le permite conjugar su cristianismo nominal y su dedicación a la literatura, Paulino de Nola —su antiguo discípulo— siente la necesidad de atribuir a las letras una función dentro de la sociedad cristiana, como cualquiera de las manifestaciones personales de un cristiano. Ello significa el rechazo de cualquier tipo de poesía marginal a un contenido explícitamente cristiano. En el segundo capítulo la poesía de Paulino se analiza ya desde un punto de vista positivo, no negativo; el entusiasmo del poeta le lleva a convertir sus poemas en vehículo de sus preocupaciones religiosas. Ambos capítulos, que pretenden dar cuenta de la dualidad del punto de partida en Ausonio y Paulino, culminan en el tercero, dedicado a Prudencio, poeta en que se unen en una síntesis equilibrada la naturalidad de Ausonio en su manejo de fórmulas y recursos paganos, y el entusiasmo de Paulino. Un cuarto y último capítulo nos pone ante el examen de numerosos pasajes de distintos poetas, de Marius Victor a Arator. Nota común a todos los trozos analizados es su mismo contenido temático, y partiendo de este presupuesto estudia Witke el proceso evolutivo perceptible en el distinto punto de vista adoptado por los sucesivos poetas. Completa un *index* de nombres propios, tanto de personajes mitológicos como de modernos estudiosos.

Como se ve, mientras los tres capítulos primeros forman una unidad, el cuarto constituye una especie de complemento aclarador de muchos puntos no tocados anteriormente. Su desvinculación es aparente, puesto que su comprensión se facilita con los estudios precedentes y a su vez contribuye a aclarar puntos anteriores. El empeño es ambicioso: captar a través de pasajes y autores seleccionados el cambio de planteamiento de varias generaciones de autores cristianos, ante un fenómeno tan complejo como el literario. Pese a la dificultad del propósito, hay logros considerables derivados, en mi opinión, de las líneas directrices del trabajo: el análisis minucioso de textos concretos. Como aciertos pueden apuntarse: su visión de que las diferencias entre Ausonio y Paulino tienen su origen en la subjetivización de la obra literaria, en su consideración como manifestación personal de la fe e identificación producida entre creencias personales y manifestaciones literarias. Quizá pudiera mejor hablarse de subordinación de la obra literaria a las creencias personales, y aquí podría encontrarse cierto paralelismo con las pretensiones de Cicerón en su postura ante la creación literaria, que responde a planteamientos extraliterarios. Especialmente interesante es el último capítulo, lleno de sugerencias dispersas; los hallazgos tal vez sean menos aparentes, pero el método aplicado es productivo. Las conclusiones que se

desprenden del análisis de los textos no se ven forzadas, se deducen fácilmente, tal vez porque están mucho más limitadas al campo literario en su consideración más estricta, y porque se han buscado para la comparación —casi siempre— pasajes idénticos temáticamente.

Precisamente en esas mismas líneas directrices, causa de los aciertos, se originan las posibles objeciones al trabajo. El manejo de pasajes concretos, aislados de contexto en algunos casos, llevan a una aparente desvalorización de los géneros literarios como sujetos de normas específicas. La consideración de las epístolas como expresión equivalente a la real nos hacen pensar en la necesidad de haber establecido previamente una delimitación precisa entre las convenciones exigidas por el género epistolar y la parte correspondiente a la realidad que manifiestan los escritores. El prescindir de estos supuestos básicos para el análisis de cualquier obra literaria repercute también en el hecho de pasar por alto la función desempeñada, dentro de un poema, por el pasaje sometido a análisis. Es cierto que Witke hace notar esto mismo (p. 171), pero aun después de hacerlo sigue manteniendo el mismo método de comparación que falsea los resultados, atribuyendo importancia a la ausencia o presencia de elementos cuya utilización sólo se concibe en función del papel que el poeta atribuya al párrafo en cuestión: no es lo mismo usar la descripción de la creación del hombre con fines meramente narrativos dentro de la exposición de la creación que su inclusión como argumento. Esta marginación de géneros literarios y contextos dentro de los mismos lleva, algunas veces, a prescindir de límites entre manifestaciones personales y usos de τόποι (cf. p. 36), peligro mucho más al acecho en poetas cristianos, que introducen su problemática personal en sus poemas, que en la mayoría de los clásicos. El resultado puede ser la confusión de símbolos y realidades, puesto que el punto que separa unos de otros está mal definido.

A pesar del terreno resbaladizo en que se mueve el análisis, la multitud de sugerencias que salpican las páginas de la obra, el afán por evitar las conclusiones no basadas en datos concretos, los resultados a que el análisis de los mismos nos llevan, dan buena cuenta del valor de la obra. Hubiera sido de desear, aunque sea una minucia, que el número de erratas de los textos latinos hubiera sido menor; no son demado raras las páginas en que aparecen cuatro o cinco erratas, y raras aquellas en que no aparece ninguna.

A. CODOÑER

CAMERON, ALAN.—*Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*. Oxford, Clarendon Press, 1970. XVI + 508 pp.

Libro de larga gestación y que nace con ideas perfectamente elaboradas. Sus conclusiones no son fruto de la intuición precipitada, sino más bien se basan en el conocimiento profundo de la bibliografía claudiana, de la época del poeta, así como en el estudio pausado y minucioso de toda su obra. El legado de Claudiano es fuente histórica para un período crucial de la historia de Roma y como tal los historiadores se habían ocupado de él, pero faltaba —según comenta Cameron en el prólogo— un estudio crítico de la obra del poeta, contando, claro está, con

las posibles sospechas de poeta tendencioso por estar al servicio de una causa: la defensa de los ideales políticos de Estilicón.

Aborda distintos temas, constituyendo cada uno de ellos un estudio completo y autónomo; pero a medida que se van leyendo los distintos capítulos se da una cuenta que la interconexión existente entre ellos es perfecta.

En los primeros capítulos, después de aludir a su corta carrera antes de llegar a escribir en latín, aborda temas de tipo general y que en posteriores capítulos irá confirmando en los casos particulares de sus diatribas y encomios. También se nos muestra cómo llegó de panegirista a propagandista y cuáles eran sus técnicas al servicio oficial de Estilicón. Hace hincapié Cameron en que Propaganda se diferencia de adulación y que por el mero hecho de ser Propaganda no implica el que sea falso. En cambio sí es muy importante el silencio que el poeta guarda respecto a todo lo que pudiera empañar la buena reputación de Estilicón. Los ejemplos que Cameron va enumerando son significativos. Así el hecho más importante del 397 fue la declaración de Eutropio contra el mismo Estilicón de *HOSTIS PUBLICUS* hecha en nombre de Arcadio. Claudiano, en cambio, no hace la menor alusión a esto.

Cameron se queja con frecuencia de que muchos estudiosos de la temática claudiana hayan dado excesivo crédito a las palabras del poeta o que otros las hayan juzgado desde su punto de vista de historiadores acusándole de parcialidad. Ni Claudiano fue un historiador (sino una especie de «caricaturista político moderno»), ni tampoco hay que creer todas las barbaridades que lanza, por ejemplo, contra el eunuco Eutropio: aquí, lo mismo que en otros ataques parecidos, Claudiano no busca otra finalidad que la de despertar odio y desprecio contra el eunuco que manipula la corte del Emperador.

Frente a la opinión de Pargues, quien cree que los dos libros de Claudiano contra Rufino forman una sola unidad, Cameron piensa que el propósito de ambos es distinto, ya que mientras el libro primero es una invectiva con cierto descuido cronológico, al segundo lo encuadra dentro de la épica histórica y su cronología es perfecta. Por otra parte, la finalidad del libro segundo contra Eutropio era descubrir el sombrío panorama del Este y así dar pretexto a Estilicón para poder intervenir allí y salvarles del desastre. En cambio en el *De Bello Gildonico* —formalmente un poema épico histórico— la nota predominante era la reconciliación con el Este.

Entiende Cameron que la actitud de Claudiano hacia el cristianismo no ha recibido el debido trato. Puede que el poeta fuera pagano, pero esto no se puede deducir de su obra, ya que la vieja mitología se había convertido en elemento decorativo en la literatura. Además Cameron defiende, frente a la opinión generalizada, que el poema corto «De Salvatore» pertenece a Claudiano, pues tiene su misma lengua y estilo, además de estar en el mismo manuscrito de sus obras. Si aceptamos esta propuesta de Cameron habría que revisar gran parte de las acusaciones que se han formulado contra el paganismo de Claudiano.

Quizás el capítulo más interesante de este estudio sea el que se refiere a las técnicas que emplea el poeta. Claudiano combinó diferentes géneros desbordando los límites entre retórica y filosofía, épica y panegírico. Lo que Claudiano debe a la retórica griega ha ensombrecido lo que hay de nuevo en sus panegíricos: el espíritu romano (aunque la frase sea griega), el estar escritos en verso, el aumento de personificaciones abstractas (aquí se nota mucha influencia de Estacio). Claudiano no es realmente un escritor épico. Así el *De Raptu Proserpinae*

está construido con el mismo patrón de discursos y narraciones. Con una versificación demasiado «perfecta» (verso muy rígido) su forma es muy retórica (siguiendo la corriente post-virgiliana de la épica), aunque esto no quiera decir lo mismo que estar haciendo discursos.

De la lectura de sus obras puede deducirse que Claudiano estaba familiarizado con la lectura de poemas didácticos contemporáneos, también con poemas mitológicos, otros de tipo órfico y con las narraciones de Ovidio. Leyó también a Livio —aunque solo en parte; pero sin poder evitarlo cae en los mismos tópicos de siempre cuando está tratando de la República.

Se establece un paralelo con Amiano Marcelino, contemporáneo suyo. Ambos —de procedencia no latina— combinan su amor a Roma con un profundo conocimiento de la literatura latina que les descubrió la ciudad de Roma.

Se ha acusado con frecuencia a Claudiano de servil cliente. Cameron defiende la postura del poeta aduciendo que es grave error el confundir la obediencia a los cánones contemporáneos del encomio retórico con una naturaleza servil.

Cierra su obra Cameron con una serie de apéndices (cuatro en total); los dos más extensos se dedican a las fechas de composición del *De Raptu Proserpinae* y la *Gigantomachia* latina. Va rebatiendo los múltiples argumentos que se han aducido sobre la fecha del primero y al tiempo mostrando su fragilidad, lanzando de rechazo una nueva hipótesis. Cameron cree que el libro primero del *de Raptu P.* fue escrito «post Rufinum», pues emplea ideas usadas ya en la diatriba contra Rufino. Más tarde, en el 402 aparecerían el segundo y tercer libros, pues mientras el segundo lleva prefacio (donde alude a un *Longo somno*) el tercero carece de él. Como Claudiano murió el 404, parece que no pudo finalizar la obra. Y fue en este mismo año 404 cuando, siguiendo las directrices de Cameron, Claudiano empezó la *Gigantomachia* latina que también dejó inacabada. Frente a esta postura está la de los críticos que opinan que es obra de época juvenil y de la que luego Claudiano se cansó.

A lo largo de todo este estudio se ve a Cameron rebatir con cierta frecuencia las tesis anteriores de Fargues, Birt, Mazzarino, Grumel, Lacombrade, S. Genaro, Levy, Cremona, etc., aduciendo soluciones nuevas que en no contadas ocasiones pueden llegar a convencer. En cambio, las consideraciones métricas de Cameron no aportan nada nuevo, ni están igualmente actualizadas como el resto de la obra, lo que no deja de sorprender en un trabajo de esta talla.

Acompaña amplia bibliografía, cuadros cronológicos y un stemma de la casa de Teodosio.

En suma, una obra excelente, con fines bien marcados, que abre nuevos horizontes y plantea problemas aún sin solucionar.

J. BELTRÁN SERRA

#### IV. RESENAS BRIEVES.

RASQUIN, JOSÉ A. N.—«El soldado fanfarrón» de Plauto. Estudio, versión y notas. Buenos Aires, Editorial Columba. Colección Birreme, 1972. 102 pp.

El profesor Rasquin, de la Universidad Nacional de Córdoba, ha preparado una nueva y correcta versión castellana del *Miles Gloriosus* plautino. En el es-

tudio preliminar se remite principalmente a la Introducción de Ernout en la edición de la colección francesa de «Les Belles Lettres». Para la traducción ha seguido también el texto latino de Ernout en dicha serie, tal como dice el propio Rasquin y se confirma fácilmente examinando los pasajes más discutidos por la crítica textual y en los que Ernout discrepa de los otros editores modernos.

La traducción de Rasquin puede ser útil para los estudiantes de habla hispana que se enfrenten por primera vez con Plauto, ya que cuentan con la ayuda de la indicación, al margen, de la numeración de los versos de la comedia.

A. FONTÁN

PERPILLOU, JEAN-LOUIS.—*Les substantifs grecs en -eus*. Paris, Klincksieck, 1973. 417 pp.

La obra consta de dos partes bien diferenciadas. En la primera se pasa revista a las diferentes hipótesis sobre el origen del sufijo objeto del trabajo, en la segunda se estudia el rendimiento del sufijo desde un punto de vista griego, sus diferentes empleos, las nuevas formaciones a lo largo de las diferentes épocas, etcétera.

En cuanto al origen, las hipótesis pueden resumirse en dos grandes grupos: las que quieren ver en el sufijo en cuestión un elemento heredado del indoeuropeo, utilizado por el griego de una forma más o menos autónoma, y las que prefieren ver el producto de un préstamo. Parece cada vez más seguro pensar en una filiación indoeuropea de este elemento, eso sí, con una utilización un tanto peculiar por parte del griego, que encuentra sin embargo un paralelo notable en indo-iranio. No creemos, sin embargo, en el carácter reciente del nominativo en *-ēs* (cf. p. 60), y nos parece más que dudoso el análisis fonético de la antigua forma del acusativo que se hace en el mismo lugar.

En lo que a la segunda parte se refiere resulta un trabajo perfectamente elaborado, cuidadoso y minucioso que hace acreedor a su autor de todo género de alabanzas.

F. VILLAR

HAUSEHOLDER, FRED W., and GREGORY, NAGY.—*Greek. A Survey of recent work*. The Hague, Mouton, 1972. 105 pp.

Se trata de una presentación comentada de la bibliografía no sólo reciente en torno a los estudios helénicos. Consta de un prefacio en el que se establece una discusión sobre la posible historia del sistema casual griego y especialmente arcado-chipriota, a la vista de los datos del indo-iranio en particular y el indo-europeo en general. Los autores defienden de una manera rígida la tesis tradicional del sincretismo y el carácter homogéneo de la lengua primitiva. En el primer capítulo, dedicado a Generalidades, se pasa revista a algunos campos como el de los poemas homéricos, la koiné, etc. En una segunda parte se tratan los problemas de fonética, morfología, sintaxis, etimología y léxico, y finalmente a cuestiones de dialectología. Una bibliografía completa la obra.

F. VILLAR